SIMON BOCANEGRA.

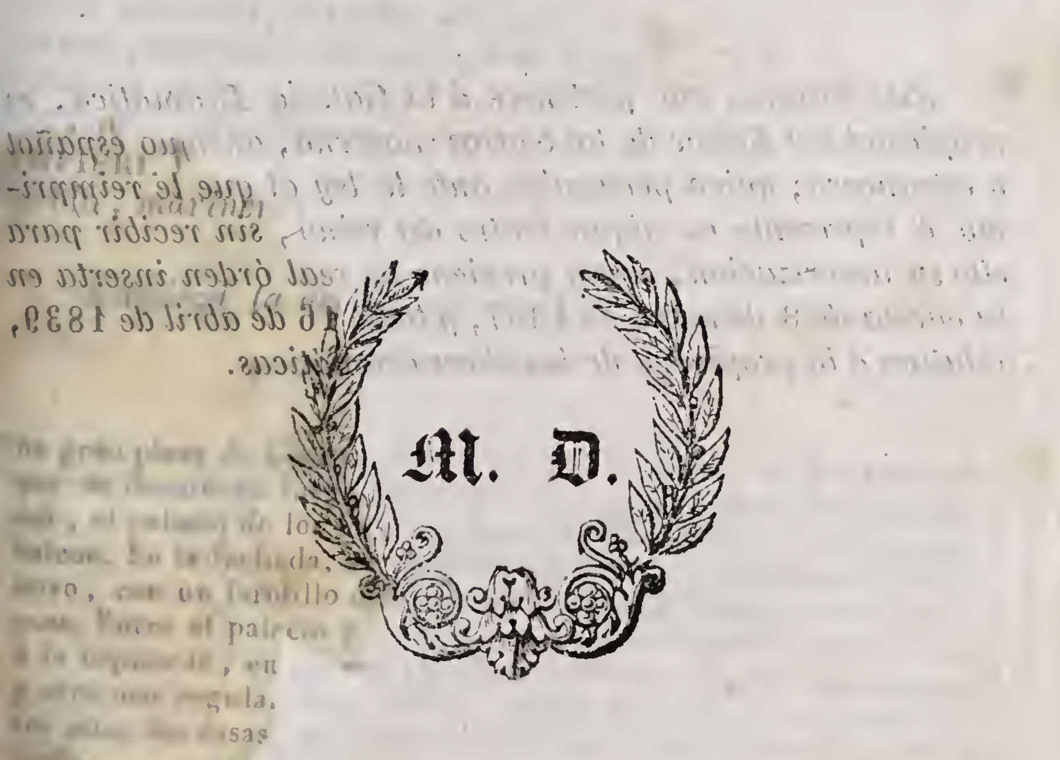
DRAMA

EN CUATRO ACTOS,

PRECEDIDO DE UN PROLOGO

POR

Don Antonio Garcia Gutierrez.



MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1843.

PRÓLOGO.

PERSONAS.

SIMON BOCANEGRA, *corsario al servicio de la república de Génova.*
JACOBO FIESCO, *noble genovés.*
LORENZINO BUCHETTO, *mercader.*
PAOLO ALBIANI, *tirador de oro.*
RAFAEL, *marinero al servicio de Simon.*
FIANO. }
PIETTRO. } *Marineros.*
ZAMPIERI. }
Pueblo, marineros.

Empieza la accion en Génova, año de 1338.

Una gran plaza de Génova. En el fondo, la iglesia de San Lorenzo que se iluminará luego interiormente. A la derecha del espectador, el palacio de los Fiescos, figurando de mármol, con un gran balcon. En la fachada, se verá una imagen de la Madona de Castelnovo, con un farolillo delante, que alumbrará esta parte de la escena. Entre el palacio y la iglesia quedará la entrada de una calle. A la izquierda, en primer término, una casa de pobre apariencia, y otra mas regular en el fondo, pegada al muro de la iglesia. Entre estas dos casas, quedará tambien una calle. Empieza á caer la tarde.

ESCENA PRIMERA.

Piettro, que sale de la iglesia. Paolo, desemboca al mismo tiempo por la izquierda y va á atravesar la plaza. Piettro se dirige á él.

PIETTRO. Paolo Albiani?
PAOLO. Quién me llama?

PIETTRO. Espera un instante.
PAOLO. Piettro!
Qué me quieres?
PIETTRO. Necesito
de tu apoyo.
PAOLO. Con qué objeto?
PIETTRO. Esta noche ha de elegirse
el Abad, y el pueblo entero
para apoyar á los nobles
viene con tenaz empeño.
Pero estamos desunidos:
tú que ejerces grande imperio
sobre las masas...
PAOLO. Yo!
PIETTRO. Y cuentas
á tu voluntad sujetos
cien votos...
PAOLO. Sigue: querrias
ser nombrado?
PIETTRO. Yo! á qué efecto?
Yo no.
PAOLO. Apoyas por ventura
á alguna persona?...
PIETTRO. Es cierto.
PAOLO. Querida en Génova?
PIETTRO. Mucho.
PAOLO. Poderosa?
PIETTRO. Yo lo creo.
PAOLO. Y te será agradecida
si la nombras...
PIETTRO. Yo lo espero,
y me premiará... es decir...
PAOLO. Sí, sí: es decir, que te has hecho
ambicioso.
PIETTRO. Eso no es malo;
y cuando ayudan los tiempos...
PAOLO. Tienes razon: de este caos
confuso, del desconcierto
en que vivimos, es facil...
PIETTRO. Crees?...
PAOLO. Sí, Piettro; eso creo.
PIETTRO. Puedes suponer...

PAOLO. De ti,
perdoname, nada bueno
supongo. Pero, quién es
tu protejido: es del pueblo?
PIETTRO. Mercader.
PAOLO. Enhorabüena.
Y es?...
PIETTRO. Lorenzino Buchetto.
PAOLO. Piettro!
PIETTRO. El primer ciudadano
de Génova.
PAOLO. No lo niego:
es el mas rico.
PIETTRO. Y honrado.
PAOLO. Prestamista y usurero.
PIETTRO. Eso...
PAOLO. Y dueño de un tesoro
grande...
PIETTRO. Inagotable!
PAOLO. Inmenso!...
Pero dime, sabes tú
donde lo guarda?
PIETTRO. Yo creo
que en sus arcas.
PAOLO. Te equivocas.
PIETTRO. Pues dónde?
PAOLO. Dilo á los Guelfos.
Pregúntales con qué oro
la cruda guerra encendiéron
contra sus hermanos.
PIETTRO. Cómo!.....
PAOLO. Conoces ahora el objeto
de su ambicion?
PIETTRO. Yo no.
PAOLO. Eres
ó muy ladino, ó muy necio.
PIETTRO. Te juro...
PAOLO. Ni los Grimaldis
son hoy ricos, ni los Fiescos.
Deudores de Lorenzino,
le ayudarán, por supuesto,
en su elevácion: los cargos

serán patrimonio de ellos.
Pocos meses bastarán
con el tesoro del pueblo
para cubrir...

PIETTRO. Es posible!
Si fuere asi, te prometo...

PAOLO. Y en tanto nuestras galeras
desarmadas en el puerto
no llevarán por los mares
la fama de nuestros hechos.
Pisa y Venecia caerán
sobre nosotros á un tiempo
y seremos con desdoro
esclavos de nuestros siervos.

PIETTRO. Pero hay alguno que pueda
ocupar con honra un puesto
tan peligroso?

PAOLO. Si le hay!

PIETTRO. Le conoces tú?

PAOLO. Sí, Piettro.

PIETTRO. Quién es?

PAOLO. Dime, para entrar
en la bahía, es buen viento?

PIETTRO. Escelente: mas qué tiene
eso que ver?...

PAOLO. Hoy le espero.

PIETTRO. Es genoves?

PAOLO. Y valiente.

PIETTRO. Su nombre?

PAOLO. No sé si debo...

PIETTRO. Pues...

PAOLO. Si lo supiesen!... tiene
enemigos encubiertos
y poderosos, que intentan
darle la muerte!

PIETTRO. Perversos!

PAOLO. Si me ofreces sin embargo
callarlo...

PIETTRO. Con mi silencio
cuenta.

PAOLO. Le he escrito á Saona,
y hoy debe entrar en el puerto.

PIETTRO. Doria?

PAOLO. Simon Bocanegra.

PIETTRO. Ese corsario sangriento
que es el terror de los mares?

PAOLO. El bravo entre todos, Piettro.
El que viendo ya perdido
para Génova el imperio
de los mares, lucha solo
por recobrarla su cetro.
El que escándalo de Pisa,
y de Venecia tormento,
enarbola ante sus muros
nuestro estandarte soberbio.
Pero no basta que tenga
esa dignidad: yo anhelo
mas aún.

PIETTRO. Si una corona
fuese, ninguno por cierto
la merece...

PAOLO. Una corona!...
eso, poco mas ó menos.

PIETTRO. Esplícate.

PAOLO. Sacudamos
el insoportable peso
de esa proteccion que ejerce
Nápoles en nuestro pueblo.

PIETTRO. Y qué mas?

PAOLO. Roto ya el yugo,
nombrémosle Dux.

PIETTRO. Y luego?

PAOLO. Él nos mandará.

PIETTRO. Eso es claro.
Mas, cuál será nuestro premio?

PAOLO. No basta para tu orgullo
ver elevado á tal puesto
á un hombre que haya salido
de entre las masas del pueblo?

PIETTRO. Paolo, vas descaminado.

PAOLO. Por qué?

PIETTRO. No nos entendemos.
El odio á la gente noble,
la patria!... todo eso es bueno,

Paolo, pero... mejor es
tener lo que tienen ellos.
En fin, si ya proclamado
permite que desfoguemos
nuestro enojo; si consiente
en no ver...

PAOLO. No hables tan recio.

PIETTRO. Esos palacios estan
de riquezas y oro llenos.

PAOLO. Chit!

PIETTRO. Qué!

PAOLO. Habla bajo.

PIETTRO. Parece
que nos vamos entendiendo.

PAOLO. Sí.

PIETTRO. Y qué opinas?

PAOLO. Que está bien
pensado: escelente medio.

PIETTRO. Conque... asunto concluido.

PAOLO. Sí, Piettro: cuenta con ello,
que yo cuento con tu apoyo.
Sois muchos?

PIETTRO. Unos trescientos.

PAOLO. Pero, para que los nobles
y los demas que á Buchetto
protejen, no esten de aviso,
y logren...

PIETTRO. No tengas miedo.
Nuestro es el triunfo. Y si quieres
tambien que les estorbemos
entrar...
(*Entreabriendo el albornoz y enseñando un largo puñal que lleva al cinto.*)

PAOLO. Segun! es posible
que nos convenga.

PIETTRO. Silencio!
Alguien viene de este lado.

PAOLO. Vuelvo á encargarte el secreto.
Voy á esperar en mi casa
á Simon.

PIETTRO. Bien.

PAOLO. Hasta luego. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA II.

(PIETTRO. *Despues* BUCHETTO.)

Tiene razon, en verdad:
y aunque el objeto se tuerza,
mas han de darnos por fuerza
que de pura voluntad.

BUCHETTO. Aun no empiezan!

(*Sale por la izquierda mirando á la iglesia.*)

PIETTRO. Dificulto
que sin nuestra proteccion
puedan vencer á Simon.

BUCHETTO. Dios me valga! allí hay un bulto.
Quién puede ser?

PIETTRO. Quién será? (*Mirándole.*)

BUCHETTO. Distinguir de aqui no puedo...

PIETTRO. Parece que tiene miedo.
Abordémosle.

BUCHETTO. Quién va? (*Retrocediendo.*)

PIETTRO. Eh? yo conozco esa voz,
y sin duda...

BUCHETTO. Quien va, digo!

PIETTRO. (Buchetto.)

BUCHETTO. Quién!...

PIETTRO. Un amigo. (*Acercándose.*)

BUCHETTO. Atras! (*Retrocediendo.*)

PIETTRO. Tiene un miedo atroz!

BUCHETTO. Si pensais hallar en mí
oro...

PIETTRO. Todo puede ser;—
y bien lo podeis traer.

BUCHETTO. Qué diablo!

PIETTRO. Temblar asi!

BUCHETTO. Cómo?

PIETTRO. Y sois vos, por ventura,
el que de Génova intenta
ser el Abad?...

BUCHETTO. Es afrenta

(*Se adelanta con resolucion hácia la escena, pero conservándose á distancia respetuosa de Piettro.*)

por acaso la cordura?
Pero decid, quién sois vos?

PIETTRO. Vedlo.

(*Se acerca á la luz de la madona.*)

BUCHETTO. Eres tú?

PIETTRO. Respirad. (*Con desprecio.*)

BUCHETTO. Piensas que yo...

PIETTRO. Sí, en verdad;
mas... quédese entre los dos.

BUCHETTO. Quédese, ya que te empeñas
en eso.

PIETTRO. Os tengo que hablar.

BUCHETTO. Qué es ello?

PIETTRO. Podéisme dar
de vuestra casa las señas?

BUCHETTO. Mi casa?... (*Con estrañeza.*)

PIETTRO. Como os he visto
solamente en la asamblea...

BUCHETTO. Pero...

PIETTRO. Mi gente desea
por mas que yo lo resisto,
de afecto, por muestra clara,
en tan solemne ocasion
celebrar vuestra eleccion
con música y algazara.

BUCHETTO. (Qué bueno!) Fuera molestia!...

PIETTRO. Y un escándalo á mi ver.

BUCHETTO. Eso, no!...

PIETTRO. Y fuera ofender
acaso vuestra modestia.

BUCHETTO. Es cierto; y aunque seria
para mí de mucho aprecio,
vivo tan lejos...

PIETTRO. (Qué necio!)

BUCHETTO. Plaza de Santa Maria...

PIETTRO. (En la plaza!)

BUCHETTO. Frente al mar
y al muelle grande.

PIETTRO. Sí; es quínola!

BUCHETTO. Junto al palacio de Spínola.

PIETTRO. Ya.

BUCHETTO. Mas procura estorbar...

PIETTRO. Una vez el dique roto,
quién se ha de oponer?...

BUCHETTO. Oh! no.

PIETTRO. Esta noche, apuesto yo (*Con intencion.*)
á que teneis alboroto.

BUCHETTO. Será preciso sufrir!

PIETTRO. No hay duda. (Si al fin te pesco...!)

BUCHETTO. Adios! corro á ver á Fiesco.
Bien lo quisiera eludir;
pero en tan triste ocasion...

PIETTRO. Pues qué?

BUCHETTO. Su desgracia es mucha.
Una pena con que lucha
le desgarra el corazon.

PIETTRO. Cosas de familia?

BUCHETTO. Cierto.

PIETTRO. Adios! hasta luego, abad!

BUCHETTO. (Adulacion!) (*Llama en la casa de Fiesco.*)

PIETTRO. (Vanidad!)
(*Llama en la casa de la izquierda.*)

(*Se abre la puerta y aparece en el dintel Jacobo Fiesco, quien, despues de haber entrado Buchetto, cierra la puerta.*)

FIESCO. A qué hora venís!

BUCHETTO. Ha muerto!

(*Entran los dos en la casa de Fiesco: Piettro en la de la izquierda.*)

ESCENA III.

SIMON BOCANEGRA. RAFAEL. *Salen por la izquierda.*

SIMON. Aqui te espero, Rafael.

RAFAEL. Mas dónde?...

SIMON. Junto á la puerta
Romana: mas si no acierta
tu diligencia con él,
preguntarás con recato.

RAFAEL. Paolo Albiani...

SIMON. Tirador
de oro.

RAFAEL. Voy luego, señor.

ESCENA IV.

SIMON, *solo.*

Qué me querrá? en vano trato
de adivinarlo. Ya estoy
en Génova! ya ocultando
mi destino, y tropezando
en nuevos peligros voy.
Ya con loca insensatez
atado en mis propias redes
voy llegando á las paredes
de Mariana otra vez.
Palacio en quien mi ventura
hallada y perdida lloro,
guardas aún el tesoro
de su infeliz hermosura?
Tal vez con rigor condena
mi ausencia? no ha maldecido
este amor que nos ha unido
con invencible cadena?
Acaso tambien mi muerte
espera? ay de mí! por qué?
mia la desdicha fue,
mas la culpa es de la suerte.
Yo que tu afecto divino
cuyos recuerdos adoro
dentro del alma atesoro
luchando con mi destino:
yo, que para conquistar
tu mano, con pecho fuerte
mil veces busqué la muerte
en los peligros del mar,
no merezco tu perdon?
Iré á implorarle á tus pies,
Mariana, si ya no es
de piedra tu corazon.

ESCENA V.

DICHO. PAOLO Y RAFAEL.

RAFAEL. Vedle.
PAOLO. Simon!
SIMON. Es cierto que te estrecho
aquí en mi corazon? otra vez vuelve,
vuelve otra vez á mi afligido pecho.
PAOLO. Cómo! es posible aún?
SIMON. Por mi castigo!
siempre tenaz el torcedor horrible
que desgasta mi vida, va conmigo.
PAOLO. Tanta debilidad en tí es posible?
SIMON. Déjanos, Rafael. (*Vase Rafael.*)
PAOLO. Tú que has llenado
los límites del mar para tí estrechos,
de espanto? tú que á Génova has legado
la portentosa fama de tus hechos!
SIMON. Sí, Paolo, sí: la vanidad del hombre,
satisfecha está ya: grande ó terrible
do quier se escucha pronunciar mi nombre.
Ya libre el Oceano
no ve surcar por sus inquietas olas
al pirata africano,
ni las naves del fiero veneciano
el imperio del mar abarcan solas.
Empero, qué le importa por ventura
á esa generacion envejecida
que teme el riesgo y los combates huye,
que ya sin libertad, envilecida
á Nápoles se vende y prostituye?
Dónde está aquella raza que inspirada
de religiosa fé, con saña inquieta
llevó la cruz al África espantada
y el pendon genovés clavó en Damieta?
Los héroes dónde están? en dónde aquellos
que vió Jerusalem, rudos gigantes,
sus altos muros debelar, y en ellos
por largo tiempo dominar triunfantes?
PAOLO. Murieron, es verdad! mas vendrá un hombre

que el perdido valor regenerando
de este pueblo infeliz, al mundo asombre.

SIMON. Dí, Paolo, y quién será?

PAOLO. Quien vuelve ahora
á su patria admirada
de laureles la frente coronada
que el mundo aplaude y que Venecia llora.

SIMON. Piettro!

PAOLO. Vuelve los ojos! para ejemplo
de su amor, hoy ya Génova te abona
su escelso imperio y su ducal corona
en la sublime santidad del templo.

SIMON. Deliras!

PAOLO. No, Simon; pero es preciso
luchar. Aqui vendrán nobleza y plebe
á elegir al Abad, y de improviso
el nombre de Simon resonar debe.

SIMON. No, jamás.

PAOLO. Dices bien, si lo aceptaras,
fueras tan solo Abad, y de ese modo
acaso mis proyectos malograras.

SIMON. Pero...

PAOLO. Es preciso calcularlo todo.
Sea grande y tenáz tu resistencia.

SIMON. Nada podrán lograr: nada!

PAOLO. Eso es llano.
Irritará su afan tu indiferencia.

SIMON. Seré inflexible.

PAOLO. Lo serás en vano.
Dux te proclamarán...

SIMON. Piettro, es locura:
no aceptaré.

PAOLO. Lo aceptarás, y luego,
quién negará de su señor al ruego,
de la infeliz Mariana la hermosura?

SIMON. Calla! infeliz has dicho?

PAOLO. Desde el dia
en que ausente de tí la triste llora,
de ese palacio en la prision umbría
sin ver la luz del sol la muerte implora.

SIMON. No la has logrado ver? nada te dijo?—

PAOLO. Nada: encerrada siempre...

SIMON. Ni pudiste
de su suerte indagar...
PAOLO. Nada.
SIMON. Inocente
mártir leal, de mis amores tristes!
Oh! dices bien! ve, corre y de repente
suene mi nombre allí: yo iré el primero.
PAOLO. Vendrás, pero encubierto: no te vea
ninguno.
SIMON. Y á qué fin?
PAOLO. Porque no quiero
el misterio rasgar que te rodea.
SIMON. Corramos.
PAOLO. Aun no empiezan: un instante.
SIMON. Aun hay mas?
PAOLO. Sí, por Dios! mis condiciones!
SIMON. Es posible!
PAOLO. Simon! tambien guardaba
mi pecho entre el volcan de sus pasiones
esa pasion maldita.
SIMON. Paolo, acaba.
PAOLO. De la ambicion al seductor arrullo
tambien mi pecho con afan suspira.
Yo al escuchar el mágico murmullo
de esos altos palacios, yo con ira
siento en mi pecho despertar mi orgullo.
Será encono tal vez, será locura;
mas, con esta pasion en vano lidio
y de esos nobles la existencia envidio.
Quiero elevarme á su insolente altura.
sus palacios morar, vestir sus galas,
y quebrantar mi condicion oscura
y al sol tender de mi ambicion las alas.
SIMON. Oh, mísero de tí! piensas acaso
que de esa altura el portentoso brillo
nunca empaña el dolor?
PAOLO. Sé que me abraso
en incansable afan por conseguillo.
SIMON. Tú solo ves su luz engañadoralejos,
con deslumbrados ojos, desde
y facil su belleza te enamora,
manantial de purísimos reflejos.

Desde tu pobre esfera, contemplado
por caprichoso prisma peregrino,
Edem parece de fulgor bañado;
blando y florido el seductor camino.
Mas avanza, y la senda, que bordaba
fresco verdor, se cubrirá de abrojos,
y el tibio resplandor que te alumbraba,
ya foco ardiente cegará tus ojos.

PAOLO. Qué importa? venza de mi pobre suerte
la cárcel miserable y aunque rompa
de ese limpio cristal la rica pompa
la poderosa mano de la muerte.
No quiero, no, por el mezquino suelo
arrastrar mi existencia despreciada
como el gusano vil: quiero del cielo
los espacios medir de una ojeada.

SIMON. Y por esa razon... ahora lo veo,
tan ávido y ardiente
mostrabas de mis triunfos el deseo.

PAOLO. Por qué negarlo?... sí.

SIMON. Pasion demente!

PAOLO. Aceptas?

SIMON. Díme en fin, qué me propones?

PAOLO. Tu infortunio ó tu bien partir conmigo.

SIMON. Sea!

PAOLO. En vida y en muerte.
Si tú sucumbes, moriré contigo:
pero si triunfas, partiré tu suerte.

SIMON. Cuentas ya por segura la victoria?

PAOLO. Dux, el destino se somete al hombre
que puede al mundo presentar con gloria
tan bellos triunfos y tan alto nombre.

SIMON. Y Fiesco cederá?

PAOLO. Cuando te aclame
del pueblo entero el general murmullo
y su señor te llame,
te tenderá sus brazos con orgullo.

SIMON. Quién viene aquí?

PAOLO. Es tu pueblo.

SIMON. Desdichado
pueblo!

PAOLO. Sus hijos sin ventura gimen:

pero de hoy mas...

SIMON. Oh! sí... romperé osado
las infames cadenas que le oprimen.

ESCENA VI.

DICHOS. PIETTRO. FIANO. ZAMPIERI. *Marineros y artesanos.*

(*Piettro se acerca á Paolo y le reconoce.*)
¡Paolo!

PAOLO. El es! calla.

PIETTRO. Por qué?

PAOLO. Silencio! aun no es ocasion.

(*Paolo se dirige á la iglesia con Simon: Piettro le detiene.*)

PIETTRO. Me dejas?...

PAOLO. Tienes razon.
Al punto te seguiré. (*A Simon.*)
(*Simon entra en la iglesia.*)

PAOLO. Reúnelos diligente:
háblales...

PIETTRO. Y tú?...

PAOLO. Aqui estoy.

PIETTRO. Fiano?

FIANO. Quién llama?

PIETTRO. Yo soy.
Venga aqui toda mi gente.

(*Fiano hace señas á los grupos y estos empiezan á aproximarse.*)

PAOLO. Promete á montes el oro.

PIETTRO. Bien: mas luego faltará,
dí?

PAOLO. Para tí sé que habrá:
para los demas lo ignoro.

PIETTRO. Estais todos?

FIANO. Todos.

PIETTRO. Ea!
Ninguno puede ignorar
que hoy debemos aclamar
al que Abad del pueblo sea.
Tambien sabeis que el objeto
de esta popular reunion
debió de ser la eleccion

de Lorenzino Buchetto.

ZAMPIERI. Oh! si en pagar no es mezquino...

FIANO. Perded cuidado.

ZAMPIERI. Habrá plata?

PIETTRO. Seguro! mas no se trata
de nombrar á Lorenzino.

TODOS. Cómo!

PIETTRO. La nobleza toda
la apoya.

FIANO. Mayor razon
para...

PIETTRO. Ya es otra ocasion.

FIANO. Y qué?...

PIETTRO. No nos acomoda.

FIANO. Entonces?

ZAMPIERI. Quedamos frescos.

FIANO. Y el compromiso?

PIETTRO. Está roto;
en fin, yo no doy mi voto
á los Grimaldis y Fiescos.

FIANO. Buchetto?...

PIETTRO. Es hechura suya.

FIANO. Nadie en Génova lo ignora:
pero eso qué importa ahora
para que asi se le arguya?

(*Paolo estará arrimado al palacio de Fiesco, de modo que le ilumine el farol de la Madona.*

PIETTRO. Por eso mismo no debe
ser elegido á mi ver.
El que nos mande ha de ser
escogido entre la plebe.

FIANO. Y quién?...

PAOLO. Quien por alto honor
ofrecerá á nuestra historia
toda una vida de gloria
honrada con su valor.

(*Momento de silencio y admiracion.*)

FIANO. Es condicion que me alegra.

PIETTRO. Y si llegais á saber
el nombre...

FIANO. Quién puede ser?

PIETTRO. Oid.

PAOLO. (*Con solemnidad.*) Simon Bocanegra.
TODOS. Simon!
PIETTRO. El corsario.
ZAMPIERI. Está
en Génova? vive Cristo!...
FIANO. Vendrá luego?
ZAMPIERI. Tú le has visto?
PAOLO. Esta noche arribará.
FIANO. Trae oro?
PAOLO. Cuatro galeras,
de perlas y orfebrería
cargadas.
FIANO. Por vida mia!
PIETTRO. Y si apoyarle quisieras...
FIANO. Sí, voto á brios! al fin es
del pueblo.
ZAMPIERI. Mas qué dirán
los Fiescos?
PAOLO. Qué? callarán
si conocen su interés.
FIANO. Sí, callarán.
PIETTRO. Yo lo ofrezco,
y si gritan... no os asombre
mi rencor, porque hasta el nombre
de esa familia aborrezco.
Los Fiescos! el breve espacio
que nos llega á separar,
me ha permitido observar
ese encantado palacio.
Desde el dia en que Mariana
en solitaria clausura
no encanta con su hermosura
las rejas de su ventana,
ayes murmurando estraños
de congojosa agonía
ha pasado dia á dia
la niña infeliz, tres años.
Y solamente retumba
de su triste voz el eco
en el largo espacio hueco
de esa misteriosa tumba.
Ni mas humano rumor

llega á sus cerradas puertas,
solo alguna vez abiertas
á su orgulloso señor,
que en el triste cautiverio
de esas mansiones sombrías
pasa en soledad sus dias,
con calculado misterio.
Y cuando por dicha medra
y nuevas gentes se ofrecen,
aun los semblantes parecen
en esa casa, de piedra.

FIANO. Vive el cielo que me pasmas!

PIETTRO. Verle sin terror no puedo.

FIANO. Es cosa de tener miedo
á visiones y fantasmas?

PIETTRO. No, no son visiones: hablo
con verdad.

PAOLO. Cómo! eso pasa?
(*Con afectado espanto.*)

PIETTRO. Y quien vive en esa casa,
no es Fiesco.

FIANO. Pues quién?
(*Todos se reunen con interés*)

PIETTRO. El diablo.

(*Se separan riéndose, escepto Paolo que se aparta del palacio santiguándose.*)

PAOLO. San Pablo!

FIANO. Ba! quieres ver
cómo en vez de una vision
asoma en ese balcon
la cara de una muger?

PIETTRO. Prueba.

(*Fiano arroja una piedra al balcon: una de las puertas cede sin que se note dentro luz alguna. Todos permanecen un momento silenciosos.*)

FIANO. Ha de casa!

PIETTRO. Lo has visto?

FIANO. Ese silencio me arredra!

PIETTRO. Lo dije: todo ahi es piedra,
aun los hombres

FIANO. Vive Cristo!
es verdad.

ZAMPIERI. Chit! una luz!

(*Se ve reflejar una luz del lado adentro de la puerta. Paolo y Piettro se retiran manifestando temor.*)

PIETTRO. No os llegueis!

ZAMPIERI. Es Fiesco: ved...

PAOLO. Apartaos de aqui, y haced
si sois cristianos, la cruz.

(*Se dirigen á la iglesia persignándose y volviendo atras la cara: cuando todos han entrado, se abre la puerta del palacio, y salen Jacobo Fiesco y Lorenzino Buchetto. Este traerá una linterna encendida: cuando hasalido, cierra por fuera la puerta, dejando puesta la llave.*)

ESCENA VII.

FIESCO. BUCHETTO.

BUCHETTO. Que os deje?

FIESCO. Buchetto, si;
quiero estar solo, llorar
sin que vengan á ahuyentar
su sombra, que miro aqui
en torno de mí vagar.
Quiero encomendarla al cielo
en mi postrera plegaria,
y ocultar mi desconsuelo
bajo el tenebroso velo
de la noche solitaria.
Me ofende ese resplandor
que ahuyenta la triste sombra
de aquel angel de mi amor,
hoy espectro aterrador
que me fascina y me asombra.

BUCHETTO. Mas luego...

FIESCO. Sí, temes ver
tu anhelo fallido y vano.

BUCHETTO. Ya veis.—

FIESCO. Qué puedes temer?

BUCHETTO. Y es al fin, vuestro deber
de amigo...

FIESCO. Y de ciudadano.
Iré, Buchetto! verás

realizada tu esperanza
y elegido Abad serás.

BUCHETTO. Oh!

FIESCO. Y en mi negra venganza
entonces me ayudarás.

BUCHETTO. Os vengaré.

FIANO. Sí, Buchetto,
y hasta que brillante radie
el sol que á mi afan prometo,
oh! que nadie sepa, nadie,
mi vergonzoso secreto.

BUCHETTO. Bien, bien! mas voy á animar
á mis gentes. No falteis.

FIESCO. Adios! puedes descuidar.

BUCHETTO. Que no temais prodigar
promesas: ya me entendeis.

FIESCO. Bien! bien!

(*Buchetto entra en el templo. Fiesco permanece inmovil, en el dintel de la puerta.*)

ESCENA VIII.

FIESCO *solo.*

Por última vez,
adios, altivo palacio
donde corrió mi niñez
y en cuyo anchuroso espacio
me sorprendió la vejez.
Adios ya, sepulcro frio
en cuyo centro sombrío
hoy solo á morar acierta
mi pobre esperanza muerta
y muerto el consuelo mio.
Ya aquel angel soberano
á tus balcones no asoma,
porque insidioso y tirano,
cebó su garra el milano
en la inocente paloma.
Porque burlando tu amor
y hollando tu candidez,
Mariana, el vil seductor

vertió deshonra y dolor
en mi caduca vejez.
Y en vano fué que guardara,
virgen santa, el escondido
centro que ya no te ampara!...
por qué dejó que llegara
el robador á tu nido?
Por qué, custodio leal
de su candor inocente,
consentiste en nuestro mal
que arrancaran de su frente
su corona virginal?
Pero ay! perdona! perdona! (*Se arrodilla.*)
por mí... sí, por mi delirio
cruel, oh santa Madona!
ha alcanzado otra corona
de espiacion y martirio.

ESCENA IX.

FIESCO. SIMON BOCANEGRA.

(*Bocanegra sale de la iglesia y se dirige lentamente hácia donde está Fiesco.*)

SIMON. Todos mi nombre murmuran.
Oh! si mi esperanza logro,
Mariana, en breve podrás
llamarme por fin tu esposo.
Procuremos indagar...
mas qué miro! junto al pórtico
está un hombre: quién será?

(*Se aproxima á Fiesco: este vuelve el rostro, le reconoce, y da un grito, levantándose precipitadamente. Simon le mira con dolor.*)

FIESCO. Quién viene hácia aquí?
SIMON. Ese rostro!...
FIESCO. Ah!
SIMON. Fiesco!
FIESCO. No me he engañado?
Eres tú? tú? Dios piadoso!
Tu santa mano le guia;
tu justicia reconozco!

Qué buscas aquí? qué ciega
fatalidad, de ese modo
te trae, Simon, á insultarme
cuando á Dios contra tí invoco?

SIMON. Jacobo, piedad! oh! mira
cómo á tus plantas me postro:
mírame oh! padre! y perdona
mis desenfrenos que lloro:
Porque mi crímen olvides,
por merecer el tesoro
que me has negado, tres años
he luchado sin reposo.
Por ella, siempre rompiendo
por entre sirtes y escollos,
los peligros he afrontado
de los mares borrascosos.
Por ella, Pisa y Venecia
de sus glorias en oprobio,
han dejado entre mis manos
sus banderas por despojos.
Por ella en fin, alzaré
de entre sus negros escombros
la gran ciudad que ahora gime
de su ignominia en el colmo.
Sí, Fiesco! ese que vacila
envilecido coloso,
de hoy mas le sustentará
la robustez de mis hombros.
Se alzará Génova altiva
para mirarse en su golfo
reina otra vez de los mares,
de Italia y del mundo asombro.

FIESCO. Es tarde, Simon!

SIMON. Es tarde!

FIESCO. Y todo en el mundo es poco
para vencer la influencia
de nuestros negros horóscopos.

SIMON. Fiesco!

FIESCO. Yo soy el primero
que tu valor reconozco;
mas me ofendiste, y ya sabes
que ni olvido ni perdono.

SIMON. Oh! callad!

FIESCO. Dios te ha escogido
para blanco de mis odios,
y ay de tí! que el negro dia
de la espiacion vendrá pronto!

SIMON. No cabe un medio?

FIESCO. Es ya tarde!

SIMON. Pues bien: no importa! yo propio...

FIESCO. No, ya está libre la oveja
de los furores del lobo.

SIMON. Acaba: de una vez parte
mi corazon.

FIESCO. De uno ú otro
la muerte: ya no es posible
otra paz entre nosotros.

SIMON. Yo no mancharé en tu sangre
mis manos: si estás ansioso
de la mia, ven; mi vida
sumiso á tus plantas pongo.

FIESCO. Asesinarte! (*Con dignidad.*)

SIMON. Y en cambio,
padre, depon ese enojo
y no suenen en mi oido
tus execrables pronósticos.

FIESCO. Pues bien: oye!... si esa niña
que nunca han visto mis ojos,
triste y desdichado fruto
de vuestro amor licencioso,
me concedes, yo te juro
por cuanto en el mundo adoro
hacer su ventura.

SIMON. (Cielos!)

FIESCO. A este precio te perdono.

SIMON. No es posible, Fiesco! el cielo
cruel siempre y rigoroso
conmigo, me ha arrebatado
esa prenda.

FIESCO. De qué modo?

SIMON. Una noche, abandonando
mi nave, encubierto y solo
toqué la enemiga tierra
que guardaba mi tesoro.
Allí en un mísero pueblo

á la orilla del mar próximo
crecia en quietud y olvido
aunque ausente de mis ojos.
Llegué á la cerrada puerta
de su albergue silencioso
agitado de esperanzas
y palpitando de gozo.
Nadie respondió.

FIESCO. La muerte
acaso....

SIMON. Pregunto á todos
Oh! la pobre anciana, que era
de su niñez el apoyo,
murió! la mísera niña
arrastrándose en el polvo
lloró un dia y otro dia
su miseria y su abandono.

FIESCO. Despues...

SIMON. Desapareció.

FIESCO. Y á dónde?

SIMON. Fiesco, lo ignoro.

FIESCO. Si es asi, ya no es posible
union ni paz.

SIMON. Uno y otro!
yo con mi amor y respeto
disiparé tus enojos.

FIESCO. Adios!

(*Se dirige lentamente hácia la iglesia, y al llegar á la puerta, se detiene observando á Simon.*)

SIMON. Oh! raza de Fiesco
siempre implacable en sus odios,
siempre cruel y sangrienta
desde su orígen remoto!
Es posible que aquel angel
cuya candidez adoro
entre esa raza naciera
de reptiles venenosos?
Oh! sí; porque Dios permite
de su gracia en testimonio
que nazcan siempre las rosas
en medio de los abrojos.
Por eso yo que atrevido

la desprendí de su tronco
me ensangriento en sus espinas
á la par que la deshojo.
Llegarme quiero al palacio:
la seduccion y el soborno
quizá me abrirán sus puertas,
que todo lo puede el oro.
(*Da tres golpes en la puerta: sucede un instante de silencio.*)
Eterno Dios! qué me indica
este silencio horroroso?
Por qué á mis golpes, fatídico
el eco responde solo?
(*Advirtiendo la llave que está puesta en la puerta.*)
Pero qué es esto? una llave!
qué puede ser? De medroso
en el comprimido pecho
la respiracion ahogo.
Estará sola? jurara
que allá se perciben sordos
de algun pecho moribundo
los apagados sollozos.—
Ilusion! pero qué dudo?
entremos, entremos pronto,
viven los cielos! qué tardo
que ya su prision no rompo?
(*Abre la puerta del palacio y entra.*)

ESCENA X.

JACOBO FIESCO, *á la puerta de la iglesia.*

FIESCO. Entra, Simon! en tus brazos
estrecha el helado tronco
mientras yo, mísero padre,
tus torpes amores lloro.
Mírala bien! en sus labios
se heló de la vida el soplo,
y ya no podrás mirarte
enamorado en sus ojos.
(*Entra en la iglesia, al mismo tiempo se ve aparecer á Bocanegra en el balcon del palacio.*)

ESCENA XI.

BOCANEGRA, *en el balcon.*

Todo es silencio y tinieblas!
pavor y misterio todo!
las palabras de aquel viejo
me turban con nuevo asombro.
Aquí hay una luz... veamos.
(*Descuelga el farol que alumbra á la Madona, y procura alumbrar con él el interior del palacio, pero sin entrar.*)
Allí... vive Dios! dudosos
negros fantasmas se pintan
sobre los muros, diabólicos.
En aquel lecho, parece
que sobre humanos contornos
levemente se dibuja
lívido y mortal un rostro!
No... es el terror! y si fuera
realidad? Dios poderoso!
Oh! si es verdad, cuyo es ese
fatídico inmóvil tronco?
(*Entra, y se le oye gritar poco despues.*)
Mariana! Mariana! cielos!

ESCENA XII.

PAOLO. PIETTRO.

PIETTRO. Ya lo visteis: casi todos.
Por Lorenzino Buchetto
apenas habrá cien votos.
PAOLO. Pero él no está: si intentara
renunciar acaso...
PIETTRO. Cómo?
Es imposible: estará
en la iglesia.
PAOLO. Vamos pronto
á buscarle.

PIETTRO. Habrá acudido
al oir el alboroto.

ESCENA XIII.

SIMON, *sale despavorido del palacio.*

Oh! es un sueño! sí... sin duda
un sueño horrible, espantoso!
Muerta, helada!... no es posible!
no...

VOCES. Bocanegra!

SIMON. Qué oigo!
qué voces son esas? son
de esos que giran en torno
de mí, terribles fantasmas
de negro semblante torvo?

VOCES. Bocanegra!

SIMON. Del infierno
se desprenden esos roncos
clamores: sueño ó deliro?

ESCENA XIV.

DICHOS. PAOLO. PIETTRO. ZAMPIERI. *Marineros y pueblo con luces.*

PAOLO. Vedle.

PIETTRO. Ahi está.

SIMON. Qué espantoso
(*Mirándolos con ojos desencajados.*)
sueño!

PAOLO. Qué dices?

SIMON. Dejadme,
dejadme, torpes abortos
de mi mente! ay! apartad
esas luces de mis ojos!
Muerta! muerta!

PAOLO. Ya eres Dux.
El pueblo lleno de gozo

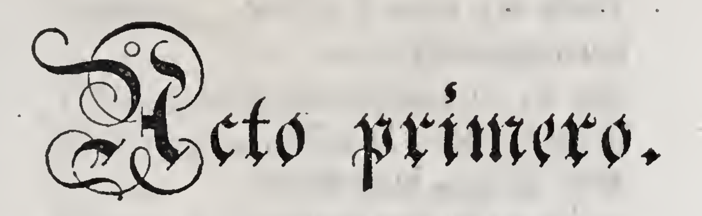
te aclama.

PUEBLO. Viva!

SIMON. Una tumba!
una tumba, Paolo!
(*Dejándose caer en sus brazos.*)

PAOLO. Un solio!

FIN DEL PROLOGO.



PERSONAS.

SIMON BOCANEGRA, *primer Dux de Génova.*
JACOBO FIESCO.
GABRIEL ADORNO.
LORENZINO BUCHETTO.
PAOLO.
PIETTRO.
MATTEO.
MARIA BOCANEGRA, *bajo et nombre de Susana.*
JULIETA.
LÁZARO.
Esbirros, soldados genoveses, pueblo.

La accion pasa en Génova, año de 1362.

Palacio de los Grimaldis. El teatro representa un salon de paso en un piso bajo, con una puerta al fondo y una ventana, desde la que se verá el campo, y á lo lejos el golfo de Génova. A la izquierda, una puerta que da entrada á las habitaciones interiores del palacio. Otra puerta á ia derecha que comunica á varios salones deshabitados. A poco de levantarse el telon, empieza á amanecer.

ESCENA PRIMERA.

JULIETA *á la reja.*

¡Es cosa bien rara! el dia
ya se viene á mas andar,

y Gabriel aun no parece.
Si algun suceso fatal...
Toda soy ojos y oidos;
pero es inútil afan.
que ni su sombra aparece
ni se escucha la señal,
Mas si bien le examina,
no sé yo lo que tendrá
que estos dias anda inquieto
sin alegria y sin paz.
Ya Susana lo ha notado,
y aun ha dado en cavilar
si otro amor... Vaya! ¡los zelos
son cosa tan natural!
Mas si no me engaño, alli
se mueve un bulto; él será;
pero aguardaré la seña.
(*Se oyen tres palmadas.*)
No hay duda; es nuestro galan.
(*Julieta repite la seña.*)
Si tendrá razon Susana?
si en otra reja quizá
pasa la noche? quién sabe?
(*Abre la puerta del fondo y entra Gabriel.*)
Abramos la puerta.—Entrad.

ESCENA II.

JULIETA. GABRIEL.

JULIETA. Sois vos?
GABRIEL. Julieta?
JULIETA. Cansada
de esperaros estoy ya.
GABRIEL. Perdona: graves asuntos
me han impedido llegar
antes.
JULIETA. Muy graves?
GABRIEL. Te juro...
JULIETA. No jureis.
GABRIEL. Mas dónde está
Susana?

JULIETA. Tambien cansada,
dudando que á una hora tal
viniéseis...
GABRIEL. ¿No me aguardaba?
JULIETA. Y sospechando ademas...
GABRIEL. Qué! sospecha?
JULIETA. Y con razon.
GABRIEL. Razon! cuál, Julieta?
JULIETA. ¿Cuál?
¿Me lo preguntais? ha tiempo
que en vuestro semblante estan
grabadas hondas tristezas,
que procurais ocultar.
Las noches que antes pasábais
á esta reja, las pasais
agora, ¿quién sabe dónde?
¿No es conducta singular?
En fin, tiene zelos
GABRIEL. ¿Ella
zelos? ¿de quién?
JULIETA. Y es tenaz,
y concebida la idea...
GABRIEL. Mas tú la convencerás.
Susana zelos? no sabe
que el sol que su lumbre da
al mundo, es rey, y no admite
entre los astros rival?
Llámala: dila que ansioso
por verla, de la ciudad
vengo.
JULIETA. De Génova?
GABRIEL. Sí:
he corrido sin cesár
toda la noche.
JULIETA. Qué miedo!
pero á qué fuisteis allá?
GABRIEL. Julieta, ese es mi secreto:
si le quiere respetar
Susana...
JULIETA. Voy á avisarla,
y ella misma os lo dirá.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA III.

GABRIEL. SUSANA.

Zelos! cómo puede ser
que en su soledad oscura
ignore de su hermosura
el soberano poder?
Es cierto, que de esta ausencia
misteriosa y repentina,
si la causa no examina,
me condena la apariéncia.
Y creerme no querrá
si guardando mi secreto
no la revelo el objeto...
Susana!

SUSANA. Vinisteis ya?

GABRIEL. Perdona, perdoname,
si burlando tu esperanza,
te ha enojado mi tardanza.
Estás quejosa?

SUSANA. No sé;
porque te tengo presente,
y á tu vista, cariñosa
no sé reñirte quejosa
aunque lo prometa ausente.
Enojábame de veras,
mas fué, y asi Dios te guarde,
no de que vinieras tarde,
sino de que no vinieras.

GABRIEL. Susana! tanta aficion
por mí! tan santa ternura
mereció de tu hermosura
este pobre corazon?
Yo que en rudo temporal
correr mi existencia vi,
yo hallé, pobre niña, en tí
de mi esperanza el fanal.
En horfandad como yo,
desde tu opulénta cuna,
el rigor de la fortúna
tambien á tí te alcanzó.

SUSANA. Gabrie, calla!

GABRIEL. Un tiempo fue
de seductora memoria
en que ambicioso de gloria
nombre y honor conquisté.
Un tiempo en que el corazon
con dolor me desgarraba
ver á mi Génova esclava
en vergonzosa abyeccion.
Por ella luché, y el hado
nuestra causa abandonó,
y alli mi padre cayó
en el combate, á mi lado.
Lloré su muerte, y aqui
solo brilló una esperanza
de destruccion y venganza,
hija de mi frenesí.
Este era yo; pero luego
te ví, Susana, y tus ojos
disiparon los enojos
del hombre perdido y ciego.
Esclavo de tu beldad,
sumiso en plácida calma,
reflejaron en mi alma
los rayos de tu bondad.
Ya con la dulce esperanza
de tu pasion, satisfecho,
apenas cabe en mi pecho
el afan de la venganza.
Y dejo al fin que me venza
esta pasion, y no vengo
la sangre...

SUSANA. Gabriel!

GABRIEL. Oh! tengo
de mis delirios, verguenza.

SUSANA. Sí, verguenza de tu amor.

GABRIEL. No, no!

SUSANA. En vuestro orgullo loco,
teneis nuestro amor en poco
y en mucho vuestro rencor.

GABRIEL. Te engañas: saben los cielos...

SUSANA. Sin embargo, aun no te he dicho

mi tormento... es un capricho
tal vez; pero tengo zelos.

GABRIEL. Un capricho: dices bien.
Y tienes causa?

SUSANA. Sí, mucha,
Gabriel: qué muger escucha
tus palabras con desden?
Y luego, por qué á esta hora
vienes? si en mi amor te abrasas,
en dónde las noches pasas
hasta la luz de la aurora?
Dime...

GABRIEL. Si no tienes fe
á que tu creencia acuda,
triste de mí, que esa duda
aclararla no podré.

SUSANA. Si tengo fe? si te creo?
Sí, sí...

GABRIEL. Pues bien: ya que abrigas
sospechas, nada me digas
que revele ese deseo.
Y ya que tan larga ausencia
tu curiosidad ofende,
sabe en fin que de ello pende
tu ventura y mi existencia.

SUSANA. Me estremeces!

GABRIEL. Y ahora, di,
quieres saber?...

SUSANA. No, mas deja
que al menos te dé una queja.
Querrás escucharla?

GABRIEL. Sí.

SUSANA. Si sabes que mi ternura
solo tu amor ambiciona,
por qué arriesgar tu persona
por conquistarme ventura?
Y si asi te precipitas,
muriendo, qué lograrás?
con oro me pagarás
lo que contigo me quitas?

GABRIEL. Creestú...

SUSANA. De tuambicion

conozco el mudo resorte,
y ¡ay Gabriel! teme no aborte
tu peligrosa ilusion.
Lograrás si el eje falso
de tu ambicion se derrumba,
para mí, Gabriel, la tumba:
para tí, tumba y cadalso.

GABRIEL. Qué! piensas!...

SUSANA. Aunque no sea
mi negro temor fundado,
esta sospecha me ha dado
tu intimidad con Andrea.
Siempre inquieto y descontento
por un trastorno suspira,
y me temo que conspira...

GABRIEL. Calla!

SUSANA. Por qué temblar siento
tu helada mano en la mia?
si estás inocente, di,
por qué te turbas asi?
por qué esa frente sombria?
Callas!

GABRIEL. Procura olvidar
esos estremos.

SUSANA. Estremos!
Ven, Gabriel, y contemplemos
los encantos de ese mar.
(*Acercándose á la ventana.*)
Sobre su lecho espumoso
cuya inmensidad me espanta,
Génova allá se levanta
alto asiento de un coloso.
Hácia alli mis ojos van
á clavarse: alli seguros
tras de sus soberbios muros,
tus enemigos estan.

GABRIEL. Qué dices?

SUSANA. Y cuando pienso
que objeto acaso de un dolo
medirte quieres tú solo
contra ese poder inmenso,
con horrible prediccion

que mis dolores acrece,
aqui dentro se estremece
helado mi corazon.

GABRIEL. Calla, Susana! asi puedes
despertar á los dormidos:
mira que tienen oidos
esas murtas y paredes.
Apenas oses hablar
breves, silenciosas voces,
los vientos irán veloces
llevándolas sobre el mar;
y al tirano, en su region
de donde abismarte puede,
llegará cuanto no quede
guardado en tu corazon.
Tal es nuestra suerte impia,
Susana! y quién se defiende
del villano que le vende,
y del traidor que le espia?

SUSANA. Me haces pensar!...

GABRIEL. Qué?

SUSANA. Si fuera...

GABRIEL. Esplícate.

SUSANA. No has notado
vagar un hombre embozado
lo largo de la ribera?
Todos los dias le veo,
y, lo que mas me da enojos,
de aqui no aparta sus ojos.

GABRIEL. Algun rival...

SUSANA. No lo creo.
Antes su presencia muestra
indicios que auguran mal:
su continente es fatal,
y su mirada, siniestra.

GABRIEL. Le accharé, por mi vida,
y si es lo que temes...

(*Se ve cruzar por delante de la ventana un hombre embozado, observando cautelosamente á los dos amantes.*)

SUSANA. Ah!

GABRIEL. Qué tienes?

SUSANA. Mira! alli está.

(*El hombre ha acabado de cruzar y Gabriel no podrá verle cuando vuelva el rostro.*)

GABRIEL. Quién?

SUSANA. Esa sombra atrevida.
Mas qué busca, qué desea
ese hombre, siempre á esta hora?
Oh! tengo miedo!

JULIETA. Señora!
ya se ha levantado Andrea.

SUSANA. Él se dirige hácia aqui.
Llama! (*Se oye llamar á la puerta.*)

GABRIEL. Bien! asi sabré
lo que busca, y por mi fe
que ha de decírmelo á mí.
Abre al punto.
(*Julieta abre, y entra Piettro.*)

ESCENA IV.

DICHOS *y* PIETTRO.

PIETTRO. Perdonad,
(*Entra con aire desenfadado.*)
señoras, si os incomodo.

JULIETA. Válgame Dios!

PIETTRO. Y á mí y todo.

JULIETA. Me gusta la libertad.

GABRIEL. A qué vinísteis?

PIETTRO. Sois vos (*Con insolencia.*)
el dueño?

GABRIEL. No.

PIETTRO. Pues me agrada!

GABRIEL. Qué respondeis?

PIETTRO. Que no hay nada
que tratar entre los dos.
(*Gabriel quiere dirigirse á él: Susana le detiene.*)

SUSANA. Mas yo lo soy en ausencia
de mis hermanos: decid
lo que quereis.

GABRIEL. Y advertid
que estorba vuestra presencia.

PIETTRO. Lo veo. (*Con malicia.*) Mi comision,

señora, no ha de afligiros.
Solo vengo, á preveniros
la venida de Simon.

SUSANA. El Dux!

GABRIEL. (Cosa singular.)

JULIETA. (Conmigo sea la madona
de Ischia!)

PIETTRO. Viene á Saona
esta jornada, á cazar.
Y como en todo el espacio
que imagina recorrer,
solo le puede acoger
dignamente este palacio,
por mí os ruega...

SUSANA. Basta ya.
A qué prevenirme asi?
Al Dux le direis, que aqui
todo á su obediencia está.

GABRIEL. Susana!

SUSANA. Y besad sus manos
en mi nombre.

PIETTRO. Asi lo haré.
(*Vase, y Julieta cierra la puerta.*)

ESCENA V.

DICHOS, *menos* PIETTRO.

SUSANA. Gabriel...

GABRIEL. Señora, ya sé
que mis furores son vanos:
que recibirle es prudencia
y otra cosa desatino;
pero temo á mi destino
y me aterra su presencia.

SUSANA. Sí; cuanto dices es llano;
mas sabe por nuestro bien,
que acaso viene tambien
para pedirme mi mano.

GABRIEL. Te burlas!

SUSANA. Tiempo ha que estoy
ocultando este secreto,

más sé cuanto comprometo
si ya no lo sabes hoy.
Ya há tiempo que con ardor
cuya pureza sospecho,
de aqui en torno anda en acecho
un oculto rondador.
Un dia al fin... no te asombre
mi curiosidad, traté
de indagar, no sé por qué,
su condicion y su nombre.

GABRIEL. Y quién era?

SUSANA. No te puedo
esplicar, de qué manera
me aterró.—

GABRIEL. Pero quién era?

SUSANA. Desde entonces, tengo miedo.

GABRIEL. Ese nombre es tan atroz?

SUSANA. Perdóname si te irrito.
Es Albiani.

GABRIEL. El favorito
de ese tirano feroz!

SUSANA. Comprendes ahora el objeto
de su venida?

GABRIEL. Admirado
estoy! por qué has ocultado
ese terrible secreto?

SUSANA. Ya no hay tiempo que perder,
y antes que el peligro sea
mayor, corre á ver á Andrea.

GABRIEL. Y con verle, qué he hacer?

SUSANA. Pregunta á tu corazon
lo que á tu cariño toca,
y por tí y por mí le invoca
á apresurar nuestra union.

GABRIEL. Sí, sí arrostremos la suerte,
Susana: hoy mia has de ser,
ó primero he de perder
la existencia, que perderte.

ESCENA VI.

SUSANA. JULIETA.

SUSANA. Ya ves, bien me lo anunció;
pero lo procura en vano,
y antes que darle mi mano...
JULIETA. Si ya el Dux se la ofreció...
SUSANA. Me escuchará y mi agonía
le conseguirá ablandar.
JULIETA. Pero...
SUSANA. No puede llegar
á tanto su tiranía.
JULIETA. Y si se obstina?...
SUSANA. No á fé,
y si oprimirme quisiera,
si tanto su rigor fuera...
toda la verdad diré.
JULIETA. Qué habeis de decirle?
SUSANA. Nada,
son misterios que aqui pesan
mucho... y que no te interesan:
si he de ser desventurada,
si otros dias mas serenos,
al cabo no he de gozar,
viva infeliz, sin doblar
esclava mi frente al menos.
Mas, que no olvides te advierto
que el Dux va luego á venir,
y que es fuerza prevenir
esos salones.
JULIETA. Es cierto.
Aunque por mí, Dios me lleve
si hubiera yo consentido...
SUSANA. Nunca da el noble al olvido
lo que al soberano debe.

(*Las dos entran por la derecha: un momento despues, salen por la izquierda Fiesco y Gabriel.*)

ESCENA VII.

FIESCO. GABRIEL.

FIESCO. Ven, salgamos aquí, que si los mios
con probada lealtad me sirven fieles,
no quiero sin embargo que Susana
nuestros proyectos lúgubres sospeche.
GAB. Ya los sabe, señor.
FIESCO. Quién te lo ha dicho?
GAB. Ella misma.
FIESCO. Es posible?
GAB. Por vos teme.
FIESCO. Pero ese espía misterioso...
GAB. Es ella
quien le ha visto tambien.
FIESCO. Y de qué suerte?...
GAB. Todos los dias á la luz del alba
á la orilla del mar se la aparece.
FIESCO. Respóndeme, Gabriel! por qué Susana
mientras su padre descuidado duerme,
abandona su lecho?
GAB. Un amor casto
sentada en esa reja la detiene.
FIESCO. Conoces al amante?
GAB. A qué ostigarme
con estrañas preguntas?
FIESCO. Tú lo eres?
GAB. Sí, padre mio, sí: y afortunado,
es con ella mi amor, pues que merece,
correspondencia igual: ya solo espero
que vuestro labio mi ventura selle.
FIESCO. Y si fuera imposible?
GAB. Cómo! acaso
destinada á otros vínculos...
FIESCO. No es ese
el obstáculo.
GAB. Cuál?
FIESCO. Su cuna humilde;
mas si á tu orgullo tu pasion escede...
GAB. Qué! Susana Grimaldi...

FIESCO. Y si ese nombre,
si ese altivo blason suyos no fuesen?
GAB. No es la hija del conde?
FIESCO. En un convento
de Pisa, refugiada, la inocente
niña, lloró su soledad.
GAB Y vive?
FIESCO. No, Adorno, allí la sorprendió la muerte.
GAB. Pero esplicadme...
FIESCO. El dia en que sus ojos
á la vida cerrando para siempre,
el largo sueño de la eterna noche
de fria amarillez cubrió su frente,
una niña infeliz cuya hermosura
luz derramaba de candor celeste,
bañada en llanto y demandando asilo,
llegó al dintel del solitario albergue.
Aquella grey piadosa, cuyas almas
en santo amor la religion enciende,
bajo su techo la acogió, abrigando
su desnudez con caridad ardiente.
Desde entonces, alli, la solitaria
celda habitó, donde en contraria suerte
desdichada tambien, huérfana y niña,
Susana oraba con dolientes preces.
GAB. Bien; y si eso es verdad, cómo, decidme,
ese nombre heredó?
FIESCO. Los grandes bienes
del conde, Bocanegra reclamaba.
GAB. Qué! no hay Grimaldis ya que los hereden?
FIESCO. Sí, pero están proscritos, y á entregarse
del leon en las garras, no se atreven.
GAB. Y ella lo sabe?
FIESCO. Todo.
GAB. Y nuestro enlace
que rompa acaso por orgullo, teme?
FIESCO. Quién sabe?
GAB. Qué me importan mis blasones
si ya á su amor esclavicé mi suerte?
FIESCO. Con que es verdad! mis esperanzas todas
van á cumplirse, oh Dios! por fin ya puede
realizarse esta union, que el cielo mismo

en sus arcanos decretar parece.

GAB. Es posible, señor?

FIESCO. Pero este enlace,
Gabriel, del triunfo, del valor depende:
si vencemos, es tuya, y un convento
la alejará del mundo si tú mueres.

GAB. Y á qué esperar...

FIESCO. Las almas mugeriles
de amor dotadas, sin el duro temple
del osado varon, toda la gloria
de ese horrible martirio no comprenden.
La muerte que en las causas mas injustas
la memoria del mártir ennoblece,
para esas almas tiernas, el encanto
que para el alma varonil, no tienen.
Pobre Susana! si en la lucha horrible,
ó en el suplicio al que la adora pierde,
al menos con su cándida inocencia
en negro claustro su dolor encierre.
No permitas que arrastre la cuitada
lutos de viuda en el abril luciente
de su temprana juventud.

GAB. Mas luego
será mia, es verdad?

FIESCO. Tuya! qué temes?

GAB. No sé, Fiesco, no sé.

FIESCO. Calla ese nombre!

GAB. Quién puede aqui escucharnos?

FIESCO. De esa suerte,
olvidaste...

GAB. Es verdad; hablemos paso;
mas cuándo?...

FIESCO. Ten paciencia: será en breve.
La juventud fogosa se escarria!
si obedeciera de tu pecho ardiente
al temerario impulso...

GAB. Y qué nos falta
para empezar la lucha?

FIESCO. Armas y gente.

GAB. Os engañais! los rudos labradores
de Monaco y Saona, solo un gefe
esperan que los guie á la matanza;

Génova á sus tiranos aborrece,
y al primer grito que proclame guerra,
á la lid volarán nobleza y plebe.

FIESCO. Los labradores de Saona! corre,
diles que asalten las murallas fuertes
con sus corvos arados; que en las torres
de Varragio y Arénzano penetren.
Verás esas bandadas de palomas
al sonar el clarin desvanecerse,
y el poder colosal de Bocanegra,
con nuevo brillo aparecer luciente.
Corre á escitar al pueblo y á los nobles
á que rompan su yugo: si demente
no te juzgan, mañana en un cadalso
la vida perderás como rebelde.

GAB. Qué nos resta?

FIESCO. La astucia.

GAB. Medio indigno,
para el triste que espera y aborrece;
para aquel que la sed de la venganza
dentro del corazon ahogarle siente.

FIESCO. Es fuerza, ó renunciar.

GAB. A vuestro agrado
disponedlo, señor; pero de suerte,
que inútiles temores no retarden
el instante feliz de que me vengue.

FIESCO. Lo deseo yo menos?

GAB. Mas, Susana
nuestro proyecto ha de ignorar.

FIESCO. Se entiende:
mas no el de vuestra boda.

GAB. Padre mio!
el término abreviad.

FIESCO. Sí: será breve.
Corro á participarla...

GAB. No es preciso:
vedla, ella misma á nuestro encuentro viene.
El rubor que rebosa en su semblante
nuestra felicidad tal vez presiente.

ESCENA. VIII.

DICHOS.—SUSANA.

FIESCO. Ven, hija mia, ven: Gabriel me ha hablado
de vuestro mútuo amor!
SUS. Gabriel!
FIESCO. Te ofende
que los secretos que tu pecho guarda,
mi cuidado solícito penetre?
SUS. No, Andrea, no.
FIESCO. Pues bien, si tú le amas,
si unir tu nombre al de tu amante quieres,
yo que á falta de un padre lo soy tuyo,
en vuestra union consiento.
SUS. (Dios clemente!)
FIESCO. Hoy partimos á Génova. (*A Gabriel con intencion:.*)
GAB. Y Susana?
FIESCO. No nos puede seguir.
(*Susana va á suplicar á Fiesco; pero Gabriel la detiene, diciéndola con misterio al oido:*)
GAB. Obedecedle.

ESCENA. IX.

DICHOS y JULIETA *azorada.*

JULIETA. Mirad! ya vienen.
FIESCO. El Dux!
(*Se asoma á la ventana.*)
GABRIEL. Retiraos que no os conozca.
FIESCO. Tras tantos años pasados,
cómo es posible?...
GABRIEL. No importa.
FIESCO. Y cuando muerto me juzga,
crees tú que es facil cosa
que mis gastadas facciones
aun vivan en su memoria?
GABRIEL. Sin embargo, retirémonos.
FIESCO. Pero, y Susana?
GABRIEL. Ella sola

debe recibirle.

JULIETA. Pronto!

Ahi están.

(*Fiesco y Gabriel se van por la izquierda.*)

SUSANA. Yo tiemblo toda.

ESCENA X.

SUSANA. SIMON. PAOLO. PIETTRO *y monteros.*

PAOLO. Entrad, señor.

SUSANA. (Es Albiani.)

SIMON. Esta fatiga me postra,
Paolo.

PAOLO. Viniérais por mar
en alguna galeota.
Pero Susana está aquí.

SIMON. Quién? ah! perdonad...

PAOLO. Qué hermosa!

SUSANA. Señor!...

SIMON. Para la batida (*A Paolo.*)
haz que todo se disponga,
que luego hemos de salir.

PAOLO. Cuándo?

SIMON. Dentro de una hora.

(*Todos se marchan por el fondo, quedando únicamente en la escena Simon y Susana.*)

ESCENA XI.

SUSANA. SIMON.

SIMON. Sois vos Susana Grimaldi?
responded.

SUSANA. Asi me nombran,
noble Dux.

SIMON. Vuestros hermanos
por su pertinacia loca,
de aqui largo tiempo ausentes,
en estraña tierra moran
y aqui en soledad sombría
con descuido os abandonan.

SUSANA. Señor! mis hermanos saben
que confiada á mí sola,
á su vuelta encontrarán
tersa y sin mancha mi honra.

SIMON. Lo sé, Susana! la fama
que vuestra virtud pregona
no autorizara esa duda
que con razon os enoja.
Pero mi intento no fué
agraviaros, no; que es otra
la causa que aquí me guia
solo por veros, señora.
No es verdad que deseais
con ansia, la vuelta pronta
de vuestros deudos?

SUSANA. Sin duda;
mas si á sus tierras no tornan...

SIMON. Es porque temen acaso
los efectos de mi cólera.

SUSANA. O vuestra justicia.

SIMON. Pero
por qué su cerviz no doblan?
Por qué con tenaz empeño
alimentan las discordias
que nuestras fuerzas dividen
y nuestras llagas enconan?

SUSANA. Perdonadlos, y dejad
que yo mi ruego interponga,
que algun dia querrá el cielo
que su engaño reconozcan.
Cruel os juzgan, y en tanto
que vuestra clemencia llora
su estravio, contra vos
del cielo la saña invocan:
porque no os conocen, Dux;
vuestro poder les asombra
y tintas ven vuestras manos
en su sangre generosa.
O dígalo la ancha playa
de Sarcano, y la de Doria
donde corrió tanta sangre,
que aun entre su arena brota.

SIMON. Es cierto que corrió, pero
no fue vertida en mal hora
por el hacha del verdugo,
sino lidiando con honra.
Me llamaron al combate
y acudí: cuya es, señora,
la culpa? es de la fortuna
que decidió la victoria.
Sí; las pasiones del hombre
son para vencerse sordas
y ciegas; pero yo haré
que mi justicia conozcan.

SUSANA. Señor!

SIMON. No temais: en vos
de hoy para siempre se abona
la lealtad de vuestros deudos.

(*Sacando un pergamino y entregándoselo á Susaña, quien echa sobre él una rápida ojeada.*)

SUSANA. Aquí su perdon se otorga!
Gracias, noble Dux! el cielo
en su piedad generosa,
mas que disculpa el castigo
recompensa al que perdona.

SIMON. Antes de que agradezcais
mi clemencia, oid, que importa
sepais, que la recompensa
he de deberla á vos sola.

SUSANA. Qué decís?

SIMON. Mas el perdon,
dado está: si no se logran
esta vez mis esperanzas,
dueña sereís de vos propia.
(*Un momento de pausa.*)
Decis que esta soledad
no es para vos peligrosa;
mas decidme, están aquí
vuestras esperanzas todas?
En este yermo escondido,
tan joven y tan hermosa?
no habeis llorado del mundo
las encantadas lisonjas?

SUSANA. Perdonad; pero...

SIMON. El rubor
que á vuestro semblante asoma,
me dice bien...

SUSANA. Os engaña:
nada mi pecho ambiciona.
Aqui encerrada, mi vida
corre alegre y venturosa,
y esos engaños del mundo
llegar hasta mí no logran.

SIMON. Sin embargo, á vuestros años
dificilmente se ahoga
del amor y la esperanza
la seduccion tentadora.

SUSANA. Cierto es que mi corazon
alimenta por mi gloria
deseos que le fascinan
y esperanzas que aun no logra.
Hay un hombre á cuyo amor
mi vida consagré toda,
y ese solo ha de llamarme
por mi voluntad, su esposa.
Por él esta soledad
de su pavor se despoja,
y cifro aqui satisfecha
mis deseos y mis glorias.
Hay otro hombre, cuyo amor
crece funesto en la sombra
espiando mis ventanas
con prevencion insidiosa:
en cuyos ojos de tigre
cuyas miradas devoran,
mas que su amor, se revela
su infame avaricia sórdida.

SIMON. Paolo Albiani!

SUSANA. Lo habeis dicho:
sí; y el objeto que adora,
no soy yo, son mis riquezas
y mi nombre que ambiciona.
Mas si es esto lo que envidia,
si á la sangre generosa
de los Grimaldis, aspira
su hinchada soberbia loca,

señor, pues vuestra clemencia
ya á los proscritos perdona,
dejad que el mentido velo
con que me cubro, descorra,
No soy Susana Grimaldi.

SIMON. Qué escucho!

SUSANA. Ya nada importa
que lo sepais: este nombre,
como ageno, me sofoca.
Desde niña, fui criada
en pobre y humilde choza
si no mienten los recuerdos
de mis gastadas memorias.
Era en Pisa...

SIMON. En Pisa!

SUSANA. A orillas
del mar, cuyas bravas olas
con estruendo temeroso
la playa, rodando, azotan,
creció tranquila mi infancia
en esa calma envidiosa
de la niñez, que disipa
como momentos, las horas.

SIMON. Seguid.

SUSANA. Pero mi ventura
quiso Dios que fuese corta,
y á nuestro albergue escondido
tambien alcanzó su cólera.
La pobre anciana...

SIMON. Dios mio!

SUSANA. La que madre bienhechora,
me adormecia en sus brazos
contemplándome amorosa...

SIMON. Murió, es verdad?

SUSANA. Quién os dijo?...

SIMON. Quién?

(*En este momento ve venir á Paolo por la puerta del fondo, y procura dominar su turbacion.*)

Me han contado esa historia,
y os juro que me interesa
mas que mi existencia propia.
Luego os veré: necesito

reposo. (Si ya engañosa
(*Susana saluda al Dux y vase por la izquierda.*)
ilusion no es de mi mente,
gran Dios, mi ventura colmas.)

ESCENA XII.

SIMON. PAOLO.

PAOLO. Qué respondió?
SIMON. Es un secreto
que revelarte no importa;
mas bastará con decirte...
PAOLO. Qué no me quiere?
SIMON. Que te odia.
PAOLO. No obstante...
SIMON. Paolo, renuncia
á esa esperanza, y no pongas
tus ambiciosos deseos
en quien es sin tí dichosa.
PAOLO. Yo no renuncio, señor.
SIMON. Será fuerza: si blasonas
de que yo mi autoridad
para este enlace interponga...
PAOLO. No lo hareis?
SIMON. No: te aconsejo
que olvides esas memorias.
(*Vase Simon por la derecha.*)

ESCENA XIII.

PAOLO. PIETTRO, *por el fondo.*

PIETTRO. Se logró el objeto?
PAOLO. No.
PIETTRO. Pues cómo?...
PAOLO. El Dux me la niega.
PIETTRO. Ba! y por qué causa?
PAOLO. No sé;
pero de grado ó por fuerza...
PIETTRO. Asi, Paolo: si no quiere...
PAOLO. Se la roba.

PIETTRO. Es providencia
especial.

PAOLO. Y si te encargas
de su ejecucion...

PIETTRO. Friolera!
y que luego...

PAOLO. Temes?

PIETTRO. No.

PAOLO. Mientras que yo te defienda
contra la saña del Dux,
segura está tu cabeza.
Me debe su elevacion,
que sin mi audacia, qué fuera?

PIETTRO. Bien: sepamos lo que importa
hacer, y con tal que sea
posible....

PAOLO. En esa ensenada
hay oculta una galera.
Los hombres que en ella encuentres,
te prestarán obediencia.

PIETTRO. Son?

PAOLO. Giotto, Fiano, Zampieri...

PIETTRO. Basta, basta! buenas pescas!
Harán su deber!

PAOLO. Mas cómo
conseguirás sorprenderla?

PIETTRO. Todos los dias, á orillas
del mar, sale.

PAOLO. Es cosa hecha.

PIETTRO. Y adónde la llevaré?

PAOLO. Al palacio, es imprudencia.

PIETTRO. Necedad! no hay que pensar
en eso.

PAOLO. Si le ofrecieras
á Lorenzino...

PIETTRO. Dinero?

PAOLO. No le haré yo tal ofensa.
Proteccion.

PIETTRO. Ba! piensas tú
que admitirá esa moneda?

PAOLO. Es conspirador de oficio,
y algun dia... acaso tema...

PIETTRO. No juzgaba el buen Buchetto
de condicion tan aviesa.
Pero en fin, como lo mandas
se hará todo.

PAOLO. Que no os vean
y recelen...

PIETTRO. No hay cuidado,
que no me iré sin la presa.

(*Paolo entra por la derecha; Piettro se va por el fondo y un instante despues sale Gabriel y reconoce la escena; luego Fiesco.*)

ESCENA XIV.

GABRIEL. FIESCO.

GABRIEL. Salid.

FIESCO. Sí; Gabriel, partid
al instante: no haya tregua
hasta llegar á Sarzana.

GABRIEL. Lo haré asi como lo ordenas.

FIESCO. Oye, Gabriel: cuando esteis
libres ya del riesgo, deja
bajo el amparo de Spínola
á María. Aqui te espera
tal vez la muerte; mas tú
no olvidarás que nos resta
cumplir un deber.

GABRIEL. Mañana
estaré en Saona, Andrea.

FIESCO. Y si Spínola quisiere
ayudarnos en la empresa,
partiremos el peligro.

GABRIEL. Si el deber no lo impidiera...

(*Mirando con ojos amenazadores hácia la puerta de la derecha.*)

FIESCO. Hoy es mi huésped: mañana
en decisiva contienda
en la ciudad jugaremos
su trono y nuestras cabezas.
Susana?

ESCENA XV.

DICHOS. SUSANA.

SUSANA. Señor?
FIESCO. Ya es hora
de partir: temores deja,
y del que te ampara escucha
la razon y la esperiencia.
SUSANA. Ninguna razon habrá
para que no os obedezca,
señor; pero no es posible
que en vuestros temores crea.
FIESCO. Basta.
SUSANA. Cuando vos mandais,
solo cumple á mi obediencia
doblegar mi voluntad,
que no es otra que la vuestra.
FIESCO. En buen hora! y algun dia
conocerás que no eran
tan vanamente fundadas,
como juzgas, mis sospechas.
Partid, hijos, ni un instante
piseis ya mas esta tierra
maldita: la santa virgen
de Castelnovo os proteja.
Id á Sarzana, y alli
esperadme: mi presencia
aun es aqui necesaria.
SUSANA. Ireis?
FIESCO. Esta noche mesma.
(*Gabriel y Susana se van por el fondo.*)

ESCENA XVI.

FIESCO. *Luego* LÁZARO.

FIESCO. Con mil temores batallo.
Lázaro?
LÁZARO. Señor?
FIESCO. Disponte

á marchar: haz que se apronte
en el instante, un caballo.
Este pliego has de llevar
á Lorenzino Buchetto.
Mira, que importa el secreto.
Oyes?

LÁZARO. Podeis descuidar.

FIESCO. Si por desdichada suerte
te sorprenden...

LÁZARO. No lo harán:
nada de mí lograrán
los suplicios ni la muerte.

FIESCO. Mas si llegas á caer
por un azar en sus lazos...

LÁZARO. Entiendo: lo haré pedazos.

FIESCO. Eso, Lázaro, has de hacer. (*Vase Lázaro.*)

ESCENA XVII.

FIESCO. *Luego* GABRIEL.

FIESCO. Iré á Génova: la trama
prevenida estallará
en breve: es preciso ya.

GABRIEL. Andrea! (*Dentro.*)

FIESCO. Alguno me llama.

GABRIEL. Socorro!

FIESCO. Sordo rumor
se escucha de armas y voces,
que por los aires veloces
infunde miedo y pavor.

GABRIEL. No me oís?

(*Sale en el mayor desorden, sin espada y con el rostro ensangrentado.*)

FIESCO. Gabriel! Dios santo!
Qué otra desdicha me alcanza?
Qué es esto Gabriel?

GABRIEL. Venganza!

FIESCO. Tu vista me causa espanto!
Dónde está Susana!

GABRIEL. Oh suerte
miserable! la han robado.

FIESCO. Qué dices?
GABRIEL. Sí, y no me han dado
por mayor pena, la muerte.
Mas... no sabeis quiénes son?
FIESCO. No, Gabriel, mas lo sospecho.
Ese espia que en acecho
aguardaba esta ocasion...
GABRIEL. El es.
FIESCO. El Dux!
GABRIEL. Corto espacio
nos separa de él: alegra
tu corazon. Bocanegra!
FIESCO. Aquí!...
GABRIEL. Sí.
FIESCO. En este palacio!

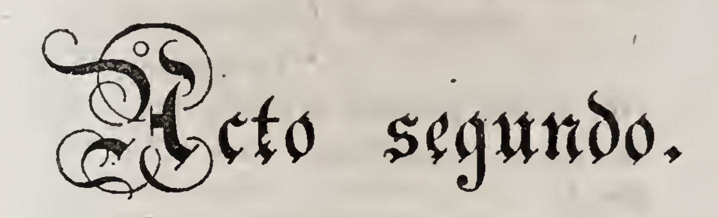
ESCENA XVIII.

DICHOS. SIMON, PAOLO *y cuatro guardias por la derecha.*

SIMON. Qué rumor?... qué criminales
proyectos, os hace asi
clamar con tal frenesí
desnudando los puñales?
GABRIEL. El ignora, ya lo veis,
su mismo crímen.
SIMON. Qué es esto?
Vos airado y descompuesto
á insultarme os atreveis?
GABRIEL. Y vos con traicion villana
haciendo al honor ultrage,
pagais asi el hospedage
con el rapto de Susana?
SIMON. Qué has dicho? Susana? quién
fué capaz?...
GABRIEL. Los tuyos.
SIMON. Miente
tu lengua.
FIESCO. Gabriel, detente! (*En voz baja.*)
GABRIEL. Me insulta el villano!
FIESCO. Ven.
(*Le aparta á un lado.*)

SIMON. Paolo! sabes dónde está? (*Aparte los dos.*)
PAOLO. Simon! (*Con orgullo.*)
SIMON. Responde. (*Colérico.*)
PAOLO. Lo ignoro.
SIMON. Oh! si hoy perdida la lloro,
la vida á costarte va.
PAOLO. Dux!
SIMON. Partamos al momento,
y guia.
PAOLO. Señor, no sé
de ella.
SIMON. Pues bien, yo te haré
contestar en el tormento.
Quien quiera que vos seais, (*A Gabriel.*)
id libre.
GABRIEL. Tanta merced!.. (*Con ironia.*)
SIMON. Idos, idos, y entended
cuando mi perdon lograis,
que esa insensata pasion
en que el orgullo os enciende,
porque á Susana defiende
desarma mi indignacion.
(*Vanse por el fondo, quedando solos Fiesco y Gabriel.*)
FIESCO. Oh! gracias doy á los cielos.
GABRIEL. Y qué me importa ese afan?
Desde ahora á seguirle van
como su sombra, mis zelos.
Oísteis?...
FIESCO. La ama.
GABRIEL. Oh furor!
(*Quiere salir por la puerta del fondo: Fiesco le detiene.*)
FIESCO. Tente.
GABRIEL. De cólera estallo.
Qué esperais vos?
FIESCO. Un caballo
para seguirlos mejor.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Una sala en la casa de Lorenzino Buchetto. Puerta al fondo, y dos á mas á los lados.

ESCENA PRIMERA.

BUCHETTO. LÁZARO.

BUCHERTO. Ya estamos solos: hablad
y deponed el misterio.
Quién os envia?
LÁZARO. Mejor
lo sabreis por este pliego.
BUCHETTO. Es tan urgente?
LÁZARO. Leedle
(*Buchetto abre el pliego y lee.*)
al punto, que á lo que creo,
mucho debe de importaros.
BUCHETTO. Mucho me importa en efecto.
Cuándo volveis á Saona?
LÁZARO. Si lo mandais, al momento.
BUCHETTO. Retiraos: luego os daré
mis órdenes.
LÁZARO. Obedezco.

ESCENA II.

BUCHETTO *solo.*

Precipitar de este modo
la insurreccion!... no lo entiendo;
mas sin embargo, es preciso

que resueltamente obremos.
Andrea es ya nuestro gefe
y me toca obedecerlo;
pero si lo hiciera el diablo
que nos descubriesen... Piettro!

ESCENA III.

DICHO Y PIETTRO.

PIETTRO. Señor?
BUCHETTO. Vos aqui?
PIETTRO. Os admira?
BUCHETTO. (Si sabrán nuestros proyectos?)
Decid.
PIETTRO. Paolo que en vos fia...
BUCHETTO. Qué manda mi noble dueño?
PIETTRO. Decid mas bien vuestro amigo.
BUCHETTO. Acabad, Piettro: en qué puedo
servir á Paolo?
PIETTRO. Os encargo
antes que todo, el silencio.
Como está vuestro palacio
á orillas del mar, y luego
es preciso que del vulgo
las sospechas evitemos...
BUCHETTO. (No es lo que yo me temia.)
Adelante, y sin rodeos.
Decid lo que quiere.
PIETTRO. Voy
á esplicarme.
BUCHETTO. (Respiremos.)
PIETTRO. Que os conviene la amistad
de mi señor, es tan cierto
como que os puede ir un dia
la vida ó la muerte en ello.
BUCHETTO. Qué quereis decir?
PIETTRO. Mas claro
lo quereis?
BUCHETTO. No alcanzo, Piettro,
vuestra intencion.
PIETTRO. Cuando el Dux
descubra....

BUCHETTO. Qué estais diciendo?
qué ha de descubrir?

PIETTRO. No es nada!
qué valen los fingimientos?
Pero el Dux no duerme! el dia
en que descubra el enredo...

BUCHETTO. Qué enredo? vos delirais.

PIETTRO. No conspirais con los Guelfos?

BUCHETTO. Calumniar mi lealtad
de ese modo!..

PIETTRO. Vaya! hablemos
claro: la amistad de Paolo
es útil.

BUCHETTO. Yo no lo niego.
Pero decid...

PIETTRO. Si ocultais
con cuidadoso secreto
una joya que os confia,
su proteccion será el premio.

BUCHETTO Una joya!

PIETTRO. De ella pende
toda su dicha, Buchetto,
y para vos esto basta.

BUCHETTO. Bien decís; pero qué es ello?

PIETTRO. Una muger.

BUCHETTO. Y en mi casa,
imagina, vive el cielo,
ocultar...

PIETTRO. No son de amores
insensatos devaneos.

BUCHETTO. Siendo asi, venga en buen hora,
que por mi nombre os prometo
que en mí hallará cuanto puede
esperar de un caballero.

PIETTRO. Bien sé yo que con las damas
sois fino, galan y atento:
pero tened entendido
que será por corto tiempo.

BUCHETTO. Por qué razon?

PIETTRO. Cuando llegue
la noche, el cuidado vuestro
cesará. Entendeis?

BUCHETTO. Y mucho.
Sí, Piettro, muy bien lo entiendo.
Pero haced que entre esa dama
al instante.
PIETTRO. Viene luego.
(*Piettro hace una seña y entran dos hombres que traen á Susana y á una orden de aquel se retiran.*)

ESCENA IV.

DICHOS.—SUSANA

PIETTRO. Entrad, y nada temais.
BUCHETTO. Cierto: quien aqui os espera
solo serviros quisiera.
SUSANA. Corteses cuando agraviais!
BUCHETTO. Perdon os pido...
PIETTRO. Escusad
esplicaciones, Buchetto,
cuanto podais. (*Vase Piettro.*)
SUSANA. Con qué objeto
estoy aqui? contestad!
Sabeis que hay un soberano
en Génova, cuya sombra
á par que protege, asombra,
y ya lo sabeis, no en vano.
BUCHETTO. Señora!
SUSANA. Vuestra malicia
es bien grande y singular
para atreverse á insultar
su soberana justicia.
BUCHETTO. Yo os juro que nunca fué
mi intencion... (Trance mas raro!)
SUSANA. Él me ha ofrecido su amparo
y á su sombra me pondré.
BUCHETTO. Señora, el Dux no podrá
castigarme.
SUSANA. Qué quereis
decirme?
BUCHETTO. Que no sabeis...
SUSANA. (Ah! si Andrea acertará?)
Decidme, cómplice acaso...
BUCHETTO. Callad!

SUSANA. El mismo tal vez?...
BUCHETTO. Chit!
SUSANA. Tan infame doblez!
BUCHETTO. Pues por eso... ese es el caso.
Quién á su poder resiste?
SUSANA. Permitid que de aqui salga.
BUCHETTO. Salir!
MATEO. (*Que anuncia.*) El Dux.
BUCHETTO. (Dios me valga!
Se vió fortuna mas triste?)
Señora...
SUSANA. No temais! yo,
si mi desventura es cierta,
saldré de esta casa muerta,
pero mancillada, no.
Yo le diré...
BUCHETTO. Hasta que os llame,
no es posible.
SUSANA. Aqui me quedo.
BUCHETTO. No... yo consentir no puedo...
SUSANA. Hareis que socorro clame.
BUCHETTO. Ni el ruego os puede ablandar?
SUSANA. Atras!
UN PAGE. El Dux!
BUCHETTO. No por mí,
por vos.
SUSANA. Mirad: ya está ahí.
BUCHETTO. (Ahora me manda empalar.)

ESCENA V.

DICHOS. EL DUX. PAOLO. PAGES Y GUARDIA.

SUSANA. Justicia, señor!
SIMON. Buchetto,
acércate aqui.
BUCHETTO. Señor?
SIMON. Teme todo mi rigor
si hablas en este secreto.
Todo el mundo ha de ignorar
que Susana estuvo aqui.
Lo has entendido?

BUCHETTO. Sí, sí...
no es necesario esplicar...
SIMON. Cuenta que cualquier torpeza
cometida en este punto...
BUCHETTO. Yo! no temais.
SIMON. Es asunto
en que te va la cabeza.
(*Le hace seña de que se retire.*)
BUCHETTO. No lo olvidaré. (No ha dado
muestras de enojo por verla
aqui... y ella es una perla!
Ya está el secreto aclarado.)
(*Vase por el fondo.*)

ESCENA VI.

DICHOS *menos* BUCHETTO.

SIMON. Paolo, satisfecho estoy:
retírate.
PAOLO. Estais, señor,
contento de mi dolor?
SIMON. No, que tan cruel no soy.
Ahora es ya agradecimiento.
PAOLO. Si esto llegó á suceder,
no lo habeis de agradecer
á Paolo, sino al tormento.
(*Vase apoyado en dos pages. Todos se retiran, y solo quedan Bocanegra y Susana.*)

ESCENA VII.

BOCANEGRA. SUSANA.

SUS. Era tiempo, señor?
SIMON. Sí, ya os escucho.
Justicia me pedís?
SUS. Sí, por mi vida,
y en contrarios afectos dividida
con la evidencia y mi esperanza lucho.
Os ví, yo que entre nobles educada
vuestro nombre terrible aborrecia,
y al oir vuestra voz, juzgué engañada

que esa fatal celebridad mentia.
Mas... hoy lo veo: á la pasion de un hombre
me entregais, noble Dux, débil juguete.

SIMON. Susana! qué decís!

SUS. Ah! no os asombre!
Aunque de humilde cuna, aunque sin nombre,
al yugo mi altivez no se somete.

SIMON. Tranquilizaos y oidme. Largo tiempo
con inútil afan os he buscado
sin poderos hallar: diez años tristes
llamandoos sin cesar por mí han pasado.
Os admirais, Susana? Este misterio
para vos hasta agora incomprensible
os voy á revelar; mas vuestros ojos,
no con duros enojos
asi alimenten mi dolor terrible.

SUS. Y qué puede bastar á disculparos?
De vuestro proceder la causa ignoro,
pero nada hay que pueda sinceraros
cuando atacais osado mi decoro.

SIMON. Vos me disculpareis, vos que en el pecho
guardais un corazon, que ya ha sentido
el fuego del amor á mi despecho.

SUS. Temo, señor, haberos comprendido.

SIMON. Yo amé tambien cuando fugaz mi vida
en el abril florido de los años
aun no tocaba en su ilusion querida
de la triste vejez los desengaños.
Mas la muger que amé, resplandecia
por el orgullo de su noble cuna,
y al capricho debió de la fortuna
cuanto tirana me negó la mia.
Mintiéndola otro nombre, con el velo
del misterio oculté mi nombre oscuro,
y ella, inocente y niña, sin recelo
me consagró su amor cándido y puro.
No el mio así; frenético, insaciable,
ponzoña fue mortal que su existencia
envenenó culpable,
y que aun hoy me persigue, inexorable
continuo torcedor de mi conciencia.
Fruto de nuestro amor, prenda inocente

de esta pasion arrebatada, ardiente,
fué una niña.

SUSANA. Y en fin?

SIMON. Dios me ofrecia
apiadado y clemente
un angel que endulzase mi agonía!
Una hermosa esperanza
que cual fanal divino,
en la tormenta oscura,
del errado camino
me permitiese ver la senda impura.
Ay! pero aquella madre que engañada
me consagró su amor y su existencia,
lloró su fé burlada
y de un padre á la cólera entregada
el castigo sufrió de su imprudencia.
Murió!

SUS. Y aquella niña?...

SIMON. De su suerte
ignorante tres años, ya creia
que implacable tambien la dura muerte
su vida en flor arrebatado habia.
Desatentado, sin placer, sin calma,
desgarrado mi pecho
con los recuerdos de su amarga historia,
su desdicha y su amor llevé en el alma
y su imagen divina en mi memoria.

SUS. Yo no comprendo....

SIMON. Dime, y no te asombre
si esclava de un error mi fantasía
se alucina tal vez: con otro nombre
recibiste el bautismo.

SUS. Cuál?

SIMON. María!

SUS. Es cierto: en la pacífica morada
donde sola viví tan largos años
á mi propio dolor abandonada,
donde mis dias sin amor pasaron,
Maria mis hermanas me llamaron.

SIMON. Con que es cierto, Señor, que al fin te apiadas
de este padre infeliz!

SUS. Vos!

SIMON. Te sorprendes!
ó te pesa tal vez?
SUS. Tanta ventura!
es cierto?
SIMON. Dime; aun de mi amor te ofendes?
SUS. Padre!
SIMON. Hija mia! á tan sagrado nombre
palpita el corazon de regocijo.
Ay! si alguna ventura goza el hombre
está encerrada en el amor de un hijo.
SUS. Me parece ilusion.
SIMON. Habla, María;
oígate yo mil veces
que con amor me ofreces
consuelo y calma en la tristeza mia.
SUS. Bien dices! desde aqui mas venturosa
tu existencia será: yo con desvelo
consagraré mis dias, cariñosa,
padre mio! á tu paz y tu consuelo.
Yo enjugaré piadosa tus mejillas
si el llanto alguna vez corre por ellas:
me arrastraré en la tierra de rodillas
y besaré tus paternales huellas.
Esclava fiel á tu querer sumisa,
feliz me juzgaré cuando te deba
de tu cariño en prueba,
una sola mirada, una sonrisa.
SIMON. Qué dices? tú, que de mi amor señora,
del corazon ardiente
has hecho que rebose bienhechora
del sentimiento la agotada fuente!
tú arrastrarte á mis pies? tú mi consuelo!
Angel que Dios me envia! por tí sola
la dignidad con que me cubro anhelo;
mi corona ducal es tu aureola,
mi cariño inmortal será tu cielo!
SUS. A qué esa dignidad? yo no ambiciono
mas que tu amor.
SIMON. María!
SUS. Esta suprema
ventura, á que dichosa me abandono,
es lo que anhelo yo, no tu diadema;

tu afecto paternal y no tu trono.
SIMON. Oh! si dices verdad, si no ha podido
irritar la ambicion tus esperanzas...
SUS. Nunca! nunca, señor!
SIMON. Dichosa has sido,
tú, que del mundo en el feliz olvido,
esta pasion á comprender no alcanzas.
Por ella, aunque á mi lado noche y dia
cariñoso te guarde,
será fuerza que oculte mi alegría,
cuando orgulloso alarde
quisiera hacer de la ventura mia.
Porque el injusto encono
que á mi espinosa autoridad rodea,
solo un desliz desea
para manchar y escarnecer mi trono:
porque en mí que sin timbres y sin nombre
osado ocupo tan sublime alteza,
es crímen el amor, torpe flaqueza
cuanto atesora el corazon del hombre.
SUS. No importa, oh padre! viviré escondida
y solo para tí!
SIMON. Tal sacrificio...
SUS. Es preciso, señor.
SIMON. No por mi vida.
SUS. O en mí verán de la verdad indicio.
SIMON. Bien dices, sí: tu sacrificio santo
es preciso. Despues, yo te prometo
que dichosa serás; pero entretanto,
ignoren todos la verdad.—Buchetto!

ESCENA VIII.

DICHOS *y* BUCHETTO.

BUCHETTO. Llamais? (Estaba despacio!)
SIMON. Sí, Lorenzino: ya es hora
de partir. Esta señora
irá luego á mi palacio.
Servidla de caballero.
BUCHETTO. En ello tendré placer.
(No la volverás á ver.)

SIMON. Con impaciencia os espero,
Entretanto, descansad,
Susana, y hasta que el cielo
no estienda su negro velo,
no paseis por la ciudad.
Adios, mi vasallo fiel: (*A Buchetto.*)
no olvidaré este servicio.

BUCHETTO. Es pequeño sacrificio...
(No sé lo que he hecho por él.)
Probad mejor mi lealtad.

SIMON. La tengo bien conocida.

BUCHETTO. Mis riquezas y mi vida
cuando las querais, tomad.
Aunque á tan alta grandeza,
mas que obsequio, es un deber.

SIMON. Algun dia, podrá ser
que tome... vuestra cabeza.

BUCHETTO. Os chanceais.

SIMON. No por cierto.

BUCHETTO. No es posible que querais...

SIMON. No ignoro que conspirais:
juzgad si hay causa.

BUCHETTO. (Estoy muerto.)
Cómo! qué lengua villana
asi calumniarme osó?

SIMON. Basta que os perdone yo.

BUCHETTO. Os juro que...

SIMON. Adios, Susana.

ESCENA X.

BUCHETTO *y* SUSANA.

BUCHETTO. Que conspiro! y dice bien,
señora! no sé lo que hablo.
Estoy perdido! qué diablo
me metió en este belen?
Pero es fuerza proseguir
y salvarnos y salvaros,
que ya no es justo dejaros
á poder de Simon ir.

SUSANA. Qué intentais?

BUCHETTO. Tentar la suerte,

y su yugo quebrantar.

SUSANA. Y qué mas?

BUCHETTO. Es regular
que no escape de la muerte.
Aunque ese hombre es Satanás.
Dos veces le han arrojado
de Génova, y ha tornado
otras dos veces atrás.
Y si es ya nuestro destino
que mientras viva nos mande,
hagamos por que no ande
tercera vez el camino.

SUSANA. Mas vuestro plan...

BUCHETTO. Escuchad! (*Con misterio.*)
Nuestro objeto es... sublevarnos,
y vencido el Dux... alzarnos
por dueños de la ciudad.

SUSANA. Y contais...

BUCHETTO. Eso no sé: (*Afectando reserva.*)
no contamos ciertamente
con nadie.

SUSANA. Sois muy prudente.

BUCHETTO. Por lo demas, os diré.
Nos falta aún, por mas señas
que toda adora á Simon,
conquistar la guarnicion.

SUSANA. Dádivas quebrantan peñas.
Y la plebe?

BUCHETTO. Esa, parece
á Simon toda inclinada.

SUSANA. Y la gente de la armada,
qué piensa?

BUCHETTO. Nos aborrece.

SUSANA. Decidme, y si dais la voz
odiados de unos y de otros,
quién ha de alzarse?

BUCHETTO. Nosotros.
Ya veis que el plan...

SUSANA. Oh! es atroz!

BUCHETTO. Y ademas de eso , hay en torno
del Dux, ciertas gentes...

SUSANA. Qué?

BUCHETTO. Que con oro...

SUSANA. Ya se vé.

BUCHETTO. Mañana llegará Adorno.

SUSANA. Adorno?

BUCHETTO. Un mozo galan
de muy gallarda persona,
que ha de venir de Saona.

SUSANA. Bien: y ese hombre... (qué afan!)
Decid...

BUCHETTO. Su padre por suerte
á manos del Dux murió,
y él será, presumo yo,
el que le ha de dar la muerte.

SUSANA. (Mi pecho será su escudo.)
Pero el asunto es muy grave,
puesto que Simon lo sabe.

BUCHETTO. Que hay peligro, no lo dudo.

SUSANA Realizar es imposible
ese proyecto.

BUCHETTO. Por qué? (*Admirado.*)

SUSANA. Porque él os oye y os ve
donde quiera.

BUCHETTO. Es muy creible. (*Reflexionando.*)

SUSANA. De vuestra temeridad
tiene noticias: ya veis...

BUCHETTO. En efecto!

SUSANA. Os esponeis
á la muerte.

BUCHETTO. Y es verdad!

SUSANA. Y si una vez el perdon
os concedió, á quien no obliga
la piedad, se le castiga.

BUCHETTO. Vaya si teneis razon!

SUSANA. Os darán tormento...

BUCHETTO. Pues!...
sin duda.

SUSANA. Os cogen en falso,
y el premio será...

BUCHETTO. El cadalso!
no hay que apurarlo: eso es!
Y se va haciendo el peligro
cada vez mas inminente.

SUSANA. No hay duda.

BUCHETTO. Pícara gente!
ya no hay que esperar: yo emigro.

SUSANA. Dónde vais?

BUCHETTO. A sustraerme....

SUSANA. No os vais, Buchetto, aguardad.

BUCHETTO. No es posible: perdonad!

SUSANA. Pero fugitivo, inerme,
decid, qué podeis hacer?

BUCHETTO. Esplicároslo no puedo,
pero...

SUSANA. Tal vez, teneis miedo.

BUCHETTO. Miedo!... (todo puede ser.)

SUSANA. Nada os aflija: Simon
piadoso os ha perdonado;
mas si lo hubiere olvidado,
yo opondré mi intercesion.

BUCHETTO. Qué decís? (Esta es mas negra!)

SUSANA. La noche se acerca ya.

BUCHETTO. Eh?

SUSANA. No olvideis que me está
esperando Bocanegra.

MATEO. Dos hombres quieren hablaros.
(*Aparte á Buchetto.*)

BUCHETTO. Los conoces?

MATEO. Fiesco es uno.

BUCHETTO. Pues viene á tiempo oportuno.

SUSANA. Buchetto, voy á dejaros
un instante.

BUCHETTO. Al punto guia
(*A Mateo. Susana se va con él.*)
á una pieza separada
á esa señora. Estremada
es hoy la ventura mia.
Qué enredos! voto á san Pablo!..
no hay qué fiar, por mi nombre!
No hay medio!—Pero á ese hombre,
le protege Dios, ó el diablo?

ESCENA XI.

DICHOS. FIESCO *y* GABRIEL.

FIESCO. Buchetto!

BUCHETTO. (Aqui están: valor
y rompamos...)—Bien llegado!
FIESCO. No, sino desesperado.
BUCHETTO. (Pues yo estoy de buen humor.)
Por qué?
FIESCO. De mi propia casa,
Susana Grimaldi, ha sido
robada.
BUCHETTO. Y quién ha podido...
FIESCO. Oh! la cólera me abrasa.
BUCHETTO. Con que... un rapto!
FIESCO. El Dux...
BUCHETTO. Entiendo.
GABRIEL. Es fuerza buscarla al punto;
lo oís?
BUCHETTO. Entiendo el asunto.
(Esto se va componiendo.)
FIESCO. El y cuantos fueren hoy
sus cómplices...
BUCHETTO. Aplacad
la saña.
FIESCO. No haya piedad
ni tregua.
BUCHETTO. (Temblando estoy!)
GABRIEL. Para sufrir mas, es tarde,
y el peligro no me arredra.
Demoleré piedra á piedra
el recinto que la guarde.
BUCHETTO. Mirad...
GABRIEL. Probemos la suerte.
BUCHETTO. Pero...
GABRIEL. Todo está previsto.
Hoy verá el Dux, vive Cristo!
ó su muerte ó nuestra muerte.
BUCHETTO. Me gusta la prevision!
Pues señor, hablando en oro,
yo los recursos ignoro
de nuestra conspiracion.
En verdad, no estoy tranquilo,
y pues que no me va nada,
no quiero tener colgada
la vida siempre de un hilo.

FIESCO. Dudais del triunfo?
BUCHETTO. Yo no!
Antes es cosa sabida,
que será causa perdida
solo con meterme yo.
FIESCO. No lo creyera.
BUCHETTO. Y decid,
cuántos somos?
GABRIEL. Ciertamente
pocos; mas de alma valiente.
BUCHETTO. Cuando se llegue á la lid...
FIESCO. Y no los preferirás
si esos pocos son los buenos?
BUCHETTO. En paz, estoy por los menos:
en guerra, estoy por los mas.
Ademas, el Dux ya tiene
de nuestros planes noticia,
y escapar á su justicia
es lo que ya nos conviene.
GABRIEL. Es posible!
FIESCO. Cómo fué?
Quién?... en furor me devoro.
BUCHETTO. Os diré: el cómo, lo ignoro,
y el quién... tampoco lo sé.
GABRIEL. Algun traidor, pesie á tal!
FIESCO. Mas cómo lo habeis sabido?
GABRIEL. Decid.
BUCHETTO. (Quién me habrá metido
en este berengenal?)
FIESCO. Qué es ello?
BUCHETTO. (Desdichas mias!)
No sé: la noticia es vaga.
GABRIEL. Esplicaos.
BUCHETTO. Ello es que hay plaga
de traidores y de espías.
De nuestro plan sabedor,
el Dux en buscar se afana
el hilo...

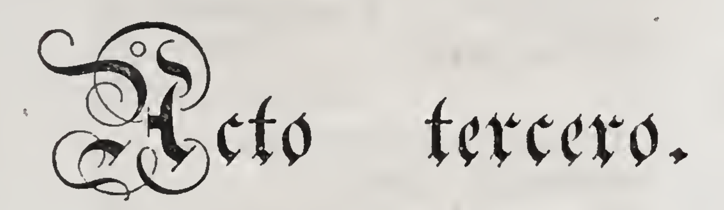
(*En este momento sale Susana, y Fiesco y Gabriel dan un grito de sorpresa.*)

ESCENA XII.

DICHOS. SUSANA.

GABRIEL. Cielos!
FIESCO. Susana!
BUCHETTO. Quién?—Ah! (Pues esto es mejor.)
FIESCO. Tú, villano!...
SUSANA. Perdonad!
BUCHETTO. Mi inocencia os aseguro.
SUSANA. Si estoy en su casa, os juro
que es ya por mi voluntad.
FIESCO. Esplícame...
SUSANA. Mas despacio
lo sabreis. Fuerza es partir.
Adios!
GABRIEL. Dónde pensais ir?
SUSANA. No os asombreis: á palacio.
FIESCO. Imposible.
GABRIEL. Es desvario!
SUSANA. Buchetto! de noche es ya!
BUCHETTO. Vamos, señora!
(*Vanse los dos: Fiesco y Gabriel quedan un momento inmóviles.*)
GABRIEL. Será
posible! sueño, Dios mio!
FIESCO. Gabriel!
GABRIEL. Murió mi esperanza.
Qué otra cosa hay para mí
en el mundo?
FIESCO. Gabriel, sí...
el placer de la venganza.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.

El teatro representa un salon del palacio de Bocanegra. A la izquierda, una puerta inmediata al foro: junto al proscenio, hay otra pequeña, y cuya ensambladura estará disimulada. A la derecha una puerta grande que conduce á salones interiores del palacio. En el fondo, un gran balcon corrido con tres puertas, por las que se ve la plaza de Doria. A la derecha, cerca del proscenio, un sillon y mesa. Muebles de la época.

ESCENA PRIMERA.

PAOLO. PIETTRO.

PAOLO. Ves bien aquellos dos hombres
(*Acercándose á una de las puertas del balcon y mirando á la plaza.*)
que enfrente de este balcon
ocultando están el rostro
con receloso temor?
PIETTRO. Sí veo.
PAOLO. Pues sin demora
hazlos prender.
PIETTRO. A los dos?
PAOLO. A los dos.
PIETTRO. Y á las prisiones
del estado...
PAOLO. Piettro, no.
Aqui los has de traer.
PIETTRO. Descuidad: al punto voy.
PAOLO. Escucha: para que nadie
se entere de esa prision,
que solo hemos de saberla

los que te ayuden y yo,
toma esa llave.

PIETTRO. Ya entiendo.

PAOLO. Por la galería...

PIETTRO. Estoy:
subiendo de esa escalera
el estrecho caracol...

PAOLO. Aguardas ahí con los presos
hasta que te dé una voz.

PIETTRO. Y hasta entonces...

PAOLO. Ni respires.

PIETTRO. (Qué diablos de comision!)
(*Vase por la puerta secreta.*)

ESCENA II.

PAOLO. *Luego* SIMON.

PAOLO. El viene aquí: si resiste,
si con tirano rigor
me rechazase... está echada
la suerte para los dos.
(*Sale Simon, atraviesa el teatro y se dirige á la puerta de la izquierda. Le preceden y siguen sus pages.*)
Ni aun reparar en mí quiere.
Permitid... (*Deteniéndole.*)

SIMON. Quién?...

PAOLO. Yo, señor.

SIMON. Paolo!

PAOLO. Un momento.

SIMON. Mas tarde.
Ahora es imposible.

PAOLO. No,
que cada instante que pasa
es un siglo á mi dolor.

SIMON. Sin embargo...

PAOLO. Y es preciso
que descifremos los dos
estos oscuros misterios
que escitan mi confusion.

SIMON. Enigmas! bien dices, pero
si imaginaste que yo

ese velo descorriera,
te engañaste, vive Dios!
Si piensas que he de escucharte
para disculpar tu error,
será en vano.

PAOLO. No lo creo.

SIMON. El tiempo corre veloz... (*Quiere irse.*)

PAOLO. Cómo! soberano Dux
de Génova! para vos
nada hay sagrado? olvidais
tal vez...

SIMON. Es reconvencion?

PAOLO. A quién debe Bocanegra
el magnífico esplendor
con que ufano y orgulloso
deslumbra á sus pueblos hoy?
Qué fuera sin mí el plebeyo
aventurero feroz,
que en sangre hinchó de los mares
la dilatada estension?

SIMON. Paolo, es verdad! el que ufano (*Conteniéndose.*)
los anchos mares cruzó
con el pendon de su patria,
invencible y vencedor;
el que tranquilo esperaba
por corona á su blason
tener las aguas por tumba
pereciendo con valor,
ese hombre dichoso, solo
escuchando á tu ambicion
este brillante martirio
á su pesar aceptó.
Desde entonces su existencia
tan animada y veloz,
se arrastra lenta y cansada
en su mezquina prision.
Desde entonces para el triste
ni un dia de paz brilló
que alumbrase una esperanza
ó que ahuyentase un dolor.
Dí, pues: ese hombre á quien tanto
mi felicidad debió,

qué espera de mí? qué quiere
de su afecto en galardon?

PAOLO. Es verdad! tanto te pesa
la ducal diadema?

SIMON. Oh!
lo dudas?

PAOLO. No te fascina
su prestigio seductor?

SIMON. Paolo!

PAOLO. Entonces, qué te impide
renunciar? quién te amarró
á la rueda del martirio
que te despedaza atroz?

SIMON. Dime en fin lo que deseas;
pero sabe desde hoy
que por lo que el Dux te debe
nada te debe Simon.

PAOLO. Tan solo una cosa os pido.

SIMON. (Mal contengo mi furor.)
Qué es en fin?

PAOLO. Lo ignorais?

SIMON. Quiero
ignorarlo por los dos.

PAOLO. Ah! no sabeis que la adoro
con frenesí, con furor,
y que...

SIMON. La amas tú! ese afecto
se abriga en tu corazon!
Es imposible; te engañas:
ya la codicia llenó
tu pecho, y en él no cabe
tan generosa pasion.
Que la adoras! qué tormentos
de lenta amargura atroz
has sufrido? cuántas lágrimas
te ha merecido su amor?
Cuándo para merecerla
osado tu afan buscó
los peligros de la gloria,
los laureles del honor?
Cuándo, en fin, purificaste
tu temeraria ambicion

de nuestra comun desdicha
en el ardiente crisol?

PAOLO. Señor! (*Con enojo.*)

SIMON. Imposible, Paolo!
olvida, abjura ese amor
si no quieres que le arranque
con tu propio corazon.

PAOLO. Todo lo comprendo!

SIMON. Qué!
sospechas!...

PAOLO. Que la amais vos.

SIMON. Mas que imaginarte puedes:
con mas pureza y mejor.

PAOLO. Es decir, mi noble dueño,
que somos rivales.

SIMON. No!
Nada tienen de comun
tus delirios y mi amor.
Y sabe, que si he podido
contener mi indignacion,
otra vez ha de pesarte
tu audacia insolente.—Adios!
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA III.

PAOLO. PIETTRO.

PAOLO. Adios, gran Dux! has pisado
al vengativo escorpion
con tu planta poderosa,
y ay de tí! tu hora llegó.
Tú desde tu sólio altivo
refulgente como el sol;
yo desde la humilde tierra
donde arrastro mi abyeccion,
lucharemos brazo á brazo
con incansable rencor,
y al fin veremos cuál es
el mas fuerte de los dos.
Piettro!

PIETTRO. Aqui estamos.
(*Abre la puerta secreta y sale.*)

PAOLO. Mi encargo
cumpliste?...
PIETTRO. Como quien soy!
Han de entrar?
PAOLO. Sí, y vete luego.
PIETTRO. (Secreticos? voto á Brios!)

ESCENA VI.

PAOLO. FIESCO. GABRIEL *y dos soldados que se retiran á una seña de Paolo.*

FIESCO. Dónde estamos?
PAOLO. Perdonad,
Andrea, si cuando os busco
amigo, os llamo á mi casa
de un modo tan exabrupto.
FIESCO. A vuestra casa?
PAOLO. O del Dux:
para el caso todo es uno.
FIESCO. Sois su favorito!
PAOLO. Soy
Paolo Albiani...
FIESCO. No lo dudo.
Ha ya tiempo que os conozco.
PAOLO. Yo de vos tambien sé mucho.
FIESCO. De mi condicion oscura,
á la verdad, dificulto
que os ocupeis...
PAOLO. Sin embargo,
años hace que me ocupo.
FIESCO. Si no os esplicais, no puedo
comprender...
PAOLO. Lo haré con gusto.
Referiros vuestra historia
fuera necedad, y juzgo
que deciros vuestro nombre
basta.
FIESCO. Mi nombre?
PAOLO. Pues cuyo?
FIESCO. Mi nombre es Andrea.
PAOLO. Há tiempo

que bajo ese nombre, oculto
está el de un noble proscrito.

FIESCO. (Estoy perdido! quién pudo!...)

PAOLO. Serenaos; no fue mi intento
agravar vuestro infortunio,
Jacobo Fiesco!

FIESCO. Sabeis...

PAOLO. Ya veis que os conozco, y mucho.

FIESCO. Qué pretendeis?

PAOLO. Os diré.
Para quebrantar el yugo
de Bocanegra, esta noche
en desatado tumulto
los Guelfos levantarán
el grito de guerra.

FIESCO. Os juro...

PAOLO. Permitidme.—Y esperais
que tan facilmente el triunfo
os ceda el Dux, apoyado
en la adoracion del vulgo?
No, Andrea, solo abrireis
en vano, vuestro sepulcro,
robusteciendo el poder
de ese tirano iracundo.

FIESCO. Ese lenguage revela
vuestro intento, y no presumo
que me tengais por tan necio
que el lazo no vea oculto.

PAOLO. Es verdad, que la cabeza
de un Fiesco, pesie á su orgullo,
no es ya, por su nombre solo,
patrimonio del verdugo!

FIESCO. Yo sufriré mi destino,
pues la suerte lo dispuso.

PAOLO. Y si yo os doy la victoria?

FIESCO. Cómo?

PAOLO. Con golpe seguro,
en su propio lecho.

FIESCO. Basta!
á ese precio, la rehuso.

PAOLO. Os perdereis.

FIESCO. Llevaremos

con honra nuestro infortunio.

PAOLO. Adios, pues. (*Abriendo la puerta.*)

FIESCO. Adios, Albiani.

PAOLO. Ya vereis cual es el fruto
de vuestra audacia.

FIESCO. El que quiera
la suerte: yo no renuncio. (*Vase.*)

ESCENA V.

DICHOS, *menos* FIESCO.

PAOLO. Adorno?
(*Deteniéndole cuando va á salir.*)

GABRIEL. Qué me quereis?

PAOLO. Oisteis?...

GABRIEL. Sí.

PAOLO. No presumo
que abrigueis tambien de Fiesco
los inflexibles escrúpulos.

GABRIEL. Sí, todo lo que es infame,
vil como vos, lo repugno.

PAOLO. Me insultais! viven los cielos...

GABRIEL. Qué decís? pues yo os insulto?

PAOLO. Cuando vengar vuestros zelos
os propongo, cuando cumplo
vuestra mejor esperanza
y á Susana os restituyo,
esto merezco?

GABRIEL. Está aqui?

PAOLO. Bajo el poderoso influjo
de un tirano, que de su alma
sofoca el amor profundo.
Por vos suspira, y quién sabe
si huérfana y sin escudo
que su inocencia proteja,
vencida....

GABRIEL. Demonio astuto!
Sea cual fuere tu intento,
aunque villano y perjuro
me vendas, á tí me entrego;
pero sea al punto.

PAOLO. Al punto.
Ella se acerca: silencio.

(*Va á la puerta secreta, y echa la llave. Gabriel le observa con inquietud, y Paolo le dice con calma:*)

GABRIEL. Qué haceis?
PAOLO. De vos me aseguro.
Si no cumplis, esta sala
será ya vuestro sepulcro.

(*Vase por la izquierda. Susana, sale por el lado opuesto.*)

ESCENA VI.

GABRIEL. SUSANA.

SUSANA. Aun no ha venido Buchetto,
y temo... pero quién es?
quién hasta aqui...
GABRIEL. No temais,
señora... me conoceis?
SUSANA. Eres tú?
GABRIEL. Susana mia!
SUSANA. Cómo aqui has entrado? quién
te abrió esas puertas?
GABRIEL. No puedo
decirlo.
SUSANA. Y no temes?
GABRIEL. Qué!
Hallándome entre tus brazos,
qué peligro puede haber
para mí? pero habla, dime
que no es un sueño.
SUSANA. Gabriel!
GABRIEL. Lloras!
SUSANA. Las lágrimas son
mi consuelo: deja pues
que de mi sola ventura
pueda gozar esta vez.
GABRIEL. Me aterras con tus palabras!
Ese tirano cruel...
SUSANA. Qué dices?
GABRIEL. Te oprime; es cierto?
te insulta con altivez,

y osado...

SUSANA. Su amor es santo.

GABRIEL. Y tú?...

SUSANA. Yo!... le amo tambien.

GABRIEL. Qué dices?

SUSANA. Mas con la misma
pureza con que por él
soy amada.

GABRIEL. Y yo lo escucho
y no me muero á tus pies!
Oh! con torpe sortilegio
ha conseguido tal vez
perturbar tu corazon
y que me olvides tambien.
De algun venenoso filtro
con el encanto cruel
tu razon ha fascinado.
¿Qué otra cosa puede ser?
Vuelve por piedad tus ojos,
Susana! soy tu Gabriel
que alma y existencia juntas
perderé por tu desden.
Lloras! sí... lloras! te duele
mi afliccion! quieres hacer
menos horrible y amarga
de tus rigores la hiel?
No, no!... quítame la vida
ó devuélveme tu fé:
ó vida ó muerte, Susana:
compasion no he menester.

SUSANA. Es imposible.

GABRIEL. Imposible!
eso respondes? pues bien...
adios! yo tambien si puedo
tu memoria olvidaré.

SUSANA. Olvidarme!

GABRIEL. Sí. O me sigues,
ó para jamas volver
me ausento de tí.

SUSANA. Bien... parte.

GABRIEL Eso dices?

SUSANA. Sí, Gabriel:

aunque hayas de aborrecerme.
Antes quisiera tener
mas dolores que sufrir,
para sufrirlos por él.

GABRIEL. Que esto escucho?

SUSANA. Por desdicha
tú no puedes comprender
la causa de este misterio.

GABRIEL. Hay causa?

SUSANA. Sí.

GABRIEL. Dila pues.
Engáñame si es preciso,
y antes que juzgarte infiel
oiga al menos de tu labio
disculpas.

SUSANA. No puede ser.

GABRIEL. No podré salir?...
(*Dirigiendose á la puerta de la izquierda.*)

SUSANA. Asi
te irás?

GABRIEL. Adios!

SUSANA. No me crees?

GABRIEL. Si tu perfidia no escusas,
Susana, qué he de creer?

SUSANA. Que todas son apariencias,
que mi amor es siempre fiel,
y que jamas mientras viva
tu memoria olvidaré.

GABRIEL. Y es ese todo el consuelo
que me resta? y esa es
la disculpa que me das?

SUSANA. Mi disculpa, es mi deber.
(*Se oye tocar un clarin.*)
Pero el Dux entra en palacio!

GABRIEL. Qué temes?

SUSANA. Silencio! es él!
la salida es imposible.
Ocúltate.

GABRIEL. Para qué?
Venga en buen hora; aborrezco
la existencia.

SUSANA. Lo has de hacer

por mí.

GABRIEL. Por tí! qué te debe
mi agradecimiento, cruel?

SUSANA. Por piedad! mira que viene!
Si te hallase....

GABRIEL. Dices bien.
(Pues la suerte asi lo quiere....)

SUSANA. Qué piensas?

GABRIEL. Me ocultaré.

SUSANA. Aqui.

(*Le lleva al balcon, le hace ocultar y cierra la puerta por donde ha entrado.*)

Dios mio! si llega
su atrevimiento á saber!...

ESCENA VII.

DICHOS. SIMON. *Pages.*

(*Viene leyendo un papel.*)

SIMON. Aqui tú?

SUSANA. Si deseais
estar solo...

SIMON. No, hija mia,
antes hablarte queria.

SUSANA. Triste y macilento estais.

SIMON. Te equivocas: ilusion!
y pues notas mis enojos,
quién ha agraviado tus ojos?
de qué esas lágrimas son?

SUSANA. Yo, señor?

SIMON. Estás turbada,
y... no me puedo engañar.
Tú ocultas algun pesar.

(*Durante este diálogo recorre el Dux rápidamente un papel que trae en la mano.*)

Dilo pues.

SUSANA. No tengo nada.

SIMON. Ese encendido color
me dice lo que me callas.
Ya sé que triste batallas

con un desdichado amor.
Yo otra vez, como lo sabes,
en fatigosa cadena
probé tambien de esa pena
tormentos mucho mas graves.
Quien amó tiene indulgencia,
y si el hombre que ha logrado
prendarte, es digno y honrado,
callarlo será imprudencia.
Habla, y si de ese dolor
saber la causa merezco,
no la ocultes: yo te ofrezco
hacer dichoso tu amor.

SUSANA. Sí, padre mio! yo espero
que le halleis digno de mí.
Entre todos le escogí
por noble y por caballero.
No hay quien por alto blason
sus hechos esceder sepa;
no hay hazaña que no quepa
en su hidalgo corazon.
En sus heróicas empresas
humilló con arrogancia
las áureas lises de Francia
y las quinas portuguesas.
Mil veces ya combatió
en vuestra armada con gloria,
y otras tantas la victoria
su ardimiento coronó.
Sus altos hechos felices
hacen que á Génova asombre
tanto heroismo.

SIMON. Su nombre?

SUSANA. Gabriel Adorno.

SIMON. Qué dices?
A ese hombre tienes amor?

SUSANA. Perdonad...

SIMON. Él, mi enemigo!
Tú das en tu pecho abrigo
al cariño de un traidor?

SUSANA. Padre!

SIMON. No lo dudes, mira,

porque de tu error te asombres!
Su nombre está entre esos nombres:
con los traidores conspira.
Pero contraria la suerte
los vende.

SUSANA. Y qué?

SIMON. Pues mi yugo
les pesa, haré que el verdugo
los ataje con la muerte.

SUSANA. Ah! no...

SIMON. Demasiado fui
con los rebeldes piadoso:
harto tiempo mi reposo
turbado por ellos vi.
Adórno quiere vengar
á su padre, y vive el cielo
que su sangriento desvelo
la vida le va á costar.

SUSANA. Su padre!...

SIMON. Sí; conspiró
y á la lucha corrió en vano:
con las armas en la mano
en el combate cayó.
Ah! su inútil resistencia
tan solo vino á lograr
que no pudiese emplear
como en otros mi clemencia.
Aun viven mil que con él
atrevidos conspiraron,
y que piedad encontraron
en su tirano cruel.
Y aun hoy de su saña objeto
se levantan contra mí!
Ingratos!

SUSANA. Ingratos, sí;
pero Gabriel, os prometo...

SIMON. Basta ya: no me hables de él.

SUSANA. Hasta lograr su perdon
opondré mi intercesion.

SIMON. Tanto amas á ese Gabriel!

SUSANA. Qué otra cosa es sino amor
el perdurable tormento

que dentro del alma siento,
ya horrible, ya encantador?
Pasion de ruda violencia
cuya inapagable llama,
mas que el mismo amor le inflama,
le inflama la resistencia.
Si castigais su delirio,
solo mi afan ambiciona
la mitad de la corona
de su sangriento martirio.
En blando ó funesto yugo
nuestra suerte han de igualar,
ó tu mano en el altar
ó el hacha de tu verdugo.

SIMON. Ah! no estrañes mis desvelos
y que tu afan no me cuadre!
Tambien el amor de padre
tiene, hija mia, sus zelos.
Acaso por ese amor,
hoy gigante, si ayer niño,
perderé de tu cariño
el consuelo bienhechor.

SUSANA. No, que si por él te invoco,
por tí con mi afecto lucho.
Oh! darle tu amor, es mucho;
mas darle mi vida, es poco.

SIMON. Pues bien: si su error abjura,
quién sabe...

SUSANA. Sí, sí... lo hará.

SIMON. Entonces, tal vez será
posible vuestra ventura.

SUSANA. (Si yo le dijera... no!
que ignore...)

SIMON. Qué te suspende?

SUSANA. Esa dicha, me sorprende,
que no la esperaba yo.

SIMON. Bien: retírate; ya es hora
de reposar.

SUSANA. Reposar!

SIMON. Y tengo aqui que velar
hasta la luz de la aurora.

SUSANA. (Dios mio!)

SIMON. De esos traidores
la injusta saña me inquieta,
y si el rigor no sujeta
sus impulsos vengadores,
Génova pudiera ser
mañana sangriento lago
donde entre ruina y estrago
se abismara mi poder.

SUSANA. Mas tanto tiempo velar...

SIMON. Es fuerza, retírate.

SUSANA. Adios, señor! (Yo no sé
como poderle salvar.)

ESCENA VIII.

BOCANEGRA. GABRIEL *escondido.*

SIMON. Dux de Génova! qué harás]
contra la torpe malicia
que á hollar con tus plantas vas?
El rigor de tu justicia
por mas tiempo enfrenarás?

(*Se deja caer en el sillon, recostándose sobre la mesa.*)

Vas á hacer que nuevamente
la infame faccion aliente
con mengua de tu poder?
No mas, no: ya no consiente
mas ultrajes mi deber.
Perdonarlos, fuera ya
flaqueza.—Me vence el sueño.
Al fin preciso será
castigar su loco empeño;
mas Gabriel...

(*Gabriel sale cautelosamente, se adelanta hácia donde está el Dux, y le contempla un momento.*)

GABRIEL. Dormido está!
Es respeto, ó es temor
el que en mi pecho se abriga?
No sé por qué mi valor
flaquea, cuando me instiga
poderoso mi rencor.
Y ese es el hombre, Susana,

que de tu hermosura dueño
destruyó con mano insana
de mi ventura cercana
el porvenir halagueño!
De ese viejo la impudencia
en tu clara luz se baña,
y hollando tu resistencia
con su torpe aliento empaña
el cristal de tu inocencia!

ESCENA IX.

BOCANEGRA. GABRIEL. *Luego* SUSANA.

GAB. Hijo de Adorno! la sombra
de un padre, clamando está
y su vengador te nombra!
Nada en el mundo me asombra;
nada me detiene ya.

(*Susana ha salido al decir estos últimos versos, y al dirigirse Gabriel á Bocanegra, se interpone rápidamente.*)

SUS. Insensato!
GAB. Susana!
GAB. En tí es posible
tanta infamia, Gabriel! deliro ó sueño?
Tú contra un viejo descuidado, inerme,
traidor esgrimes el cobarde acero?
GAB. Sí, porque horrible y con furor me ahoga
la venenosa rabia de los zelos!
porque su sangre toda no es bastante
para apagar su abrasador incendio.
SUS. Sí, la razon le apagará: no cabe
en los impulsos de tu noble pecho
tan cobarde venganza.
GAB. Mas me irritas
cuanto le amparas mas.
SUS. Oye te ruego.
Te lo dije, Gabriel: un amor santo
de toda impura emanacion ageno,
á su suerte me unió: yo te lo juro
por el nombre de Dios que me está oyendo.
Y este sagrado amor en nada turba
nuestra esperanza: de tu encono ciego

si enfrenas el impulso temerario,
tal vez no está nuestra ventura lejos.

GAB. Qué pretendes de mí?

SUS. Ven, pero guarda
do no lo vea, el matador acero
que fascina mis ojos.

(*Bocanegra despierta y mira con ojos atónitos á los dos amantes, luego se levanta dirigiéndose lentamente hácia ellos, hasta encontrarse en medio de los dos.*)

GAB. Yo á sus plantas
implorando piedad? qué estás diciendo?

SUS. Te escuchará piadoso.

GAB. Aun tú no sabes...

SIMON. Quién aqui?...

SUS. Calla! ven.

SIMON. Pero qué veo!

GAB. No, Susana! es un crímen.

SUS. De ese crímen,
si asi lo juzgas, con mi amor te premio.

SIMON. Es posible!

SUS. Gran Dios!

SIMON. Llega: qué dudas? (*A Gabriel.*)
llega y desgarra sin temor mi pecho,
Gabriel Adorno, ven! mas no ha de herirme
que vuestra torpe ingratitud, tu acero.

SUS. Ah!

GAB. Qué dices?

SUS. Gran Dios!

GAB. Yo solamente,
Dux soberano, tu rigor merezco,
yo que irritado vengador de un padre
sangre por sangre á demandarte vengo.
Y era llegado ya de la terrible
espiacion el funeral momento,
si un angel por tu dicha no velara
guardando fiel tú descuidado sueño.

SIMON. Es posible!... mas dí, quién esas puertas
desventurado, á tu traicion ha abierto?

SUS. Yo os juro que no fuí.

SIMON. Quién?

GAB. No es posible.
decírtelo, Simon! es un secreto.

SIMON. Bien haces en callar.
SUS. Por qué lo ocultas?
SIMON. Mas la verdad te arrancará el tormento.
SUS. Piedad!
SIMON. Aparta, aparta!... Tu no sabes (*A Gabriel.*)
todo el dolor que á tu venganza debo!
La muerte no es bastante...
SUS. Es imposible.
GAB. Vedme! tranquilo y sin temor la espero.
SUS. Yo tambien moriré!
SIMON. Tú me has robado
la sola prenda que benigno el cielo
para alegrar mi soledad guardaba,
y que hoy por tí desventurado pierdo.
Bien te vengas, Gabriel! si es el castigo
con que me oprime Dios, bien lo merezco.
Yo ofendí la vejez de un noble padre,
y con deshonra igual pago mi yerro.
GAB. Cielos! su padre vos?
SIMON. Tú lo ignorabas?
GAB. Perdon, María! en mi delirio ciego,
mas que la sangre de mi triste padre
vengar ansiaba abrasadores zelos.
Murió, es verdad; pero murió con gloria:
herido sucumbió, mas combatiendo.
Solo es villano el asesino infame:
quien mata sin traicion por qué ha de serlo?
Dadme la muerte, Dux, mas vuestro encono
no pese sobre mí.
(*Se oyen voces y tumulto en la plaza. Susana se dirige al balcon.*)
SIMON. Callad! qué es eso?
qué rumor...
SUS. Por la plaza desbandado
gritando corre en confusion el pueblo.
GAB. Son vuestros enemigos, que levantan
el pendon de la guerra: son los Guelfos
que á probar nuevamente la fortuna
al combate se lanzan con denuedo.
SIMON. Ve á reunirte á los tuyos.
GAB. No es posible!
Iré, pero á anunciarles que mi acero

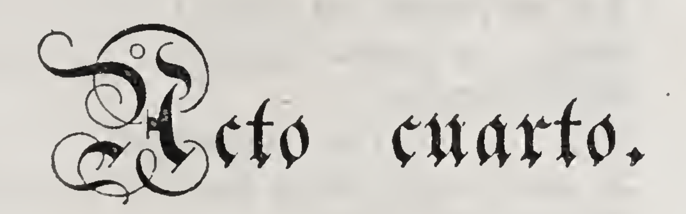
solo por vos combate.

SIMON. Si lo hicieres,
olvidar tus delirios te prometo.

GAB. Y nada mas?

SIMON. Ve, corre! entre el conflicto
de la sangrienta lucha nos veremos.
Si sucumbes allí, será con gloria!
si vuelves vencedor, hé aqui tu premio.
(*Estrechando á Susana en sus brazos.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.



La misma decoracion del acto tercero. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

FIESCO Y PAOLO. *Entran por la puerta secreta.*

PAOLO. Entrad: no temais.
FIESCO. Jamas
conoció mi pecho el miedo,
y bien sé que ya no puedo
salvar la vida.
PAOLO. Quizás.
Pero tal es la inclemencia
de vuestra enemiga suerte,
que acaso os guarda la muerte.
FIESCO. Qué me importa la existencia?
Pero, no comprendo bien...
PAOLO. Hemos de esplicarnos?
FIESCO. Sí.
PAOLO. La salvacion está aqui;
pero el peligro tambien.
FIESCO. Y cómo?
PAOLO. Para lograr
lo que nuestro afan desea,
hay dos caminos, Andrea:
ó someterse, ó matar.
FIESCO. Dilo.
PAOLO. Piadoso Simon,
aunque soberano, es hombre.
FIESCO. Mas...

PAOLO. Decidle vuestro nombre
y alcanzareis el perdon.
FIESCO. Yo! me juzgais tan infame!
que yo su perdon obtenga?
PAOLO. No lo aceptais?
FIESCO. No: que venga
y que á sus verdugos llame.
PAOLO. Si su piedad justifica,
tendreis vuestro enojo en cuenta?
FIESCO. Sí, Paolo! el perdon afrenta,
y el martirio santifica.
PAOLO. Quereis el martirio pues?
FIESCO. Es mi postrera esperanza.
PAOLO. Y no hay otra?
FIESCO. La venganza.
PAOLO. Quereis verle á vuestros pies?
FIESCO. Sí; diera toda mi vida
por ello.
PAOLO. Le vereis; pero...
FIESCO. Qué quieres? dí.
PAOLO. Mucho quiero.
Prenda que os es muy querida.
FIESCO. Si tu decision no es vana,
amistad, nobleza y oro...
PAOLO. No; nada de eso: el tesoro
que yo ambiciono... es Susana.
FIESCO. Tú!
PAOLO. Sí; esta loca pasion
desesperada y ardiente
me inspirara solamente
tan horrorosa traicion.
Por ella con ansiedad
gimo, admirando de lejos
los milagrosos reflejos
de su imposible beldad.
Y de mi entusiasmo loco
en la tirana violencia,
sacrificar mi existencia
por conseguirla, aun es poco.
FIESCO. Pero, cómo puedo hacer
lo que tu pasion desea?
PAOLO. Eso... vos vereis, Andrea,

si puede ó no puede ser.

FIESCO. A esa estraña condicion
con orgullo me revelo,
y... no es tan grande mi anhelo
por derrocar á Simon.

PAOLO. A tormento tan cruel,
á deshonra semejante!...
su existencia aun no es bastante
á satisfaceros de él.

FIESCO. No: tú ignoras el objeto
de mi rencor.

PAOLO. Quizás no.

FIESCO. No... mientes! solo él y yo
sabemos este secreto.

PAOLO. Vuestra confianza haré vana,
aunque cruel os aflija.
Jacobo tuvo una hija.

FIESCO. Qué es lo que dices?

PAOLO. Mariana!

FIESCO. Con que es verdad! tambien ya
sabes su delirio ciego!
Te daré la muerte.

PAOLO. Y luego, (*Con calma.*)
decid... quién os vengará?

FIESCO. (Fuerza es sufrir.) Dices bien. (*Serenándose.*)

PAOLO. Y no ha de espiar tan solo
su amor burlado con dolo,
sino su muerte tambien.

FIESCO. Sí, no hay dolor que á ese iguale.

PAOLO. Ya veis que no anduve necio
en poner tan alto precio
á prenda que tanto vale.

FIESCO. Mas sin violencia y rigor,
quien puede reducir, dime,
á un corazon que ya gime
esclavizado á otro amor?

PAOLO. Ese amor, le apagará.

FIESCO. Cómo?

PAOLO. De buen ó mal grado.
La que á Gabriel ha olvidado,
á Simon olvidará.

FIESCO. Pero es tenaz.

PAOLO. A su estrella
habrase de someter,
y vos podeis ejercer
vuestra autoridad con ella.
Juradlo por vuestro honor,
ó hareis que el intento tuerza.

FIESCO. (Ignora quien es, y es fuerza
que permanezca en su error.)

PAOLO. Será mi esperanza vana?

FIESCO. Antes bien os la aseguro.

PAOLO. Me lo jurais?

FIESCO. Os lo juro,
que será vuestra Susana,
si ya la enemiga suerte
como hoy nos ha abandonado
nuestro intento no ha burlado
con su muerte ó nuestra muerte.

PAOLO. Está dicho: ahora, tomad
esta llave.

FIESCO. Y qué he de hacer?

PAOLO. Sin que nadie os pueda ver,
por esa puerta escapad.
Haced que vuestros parciales
vengan aqui con secreto.

FIESCO. Que todos serán, prometo,
al compromiso leales.

PAOLO. Volved y ocultaos ahí
hasta que mi voz os llame.

FIESCO. Bien! (De escuchar á este infame,
tengo verguenza de mí.)
(*Se va por la misma puerta secreta.*)

ESCENA II.

PAOLO *solo.*

Orgulloso Dux! llegó
la hora ya de que á mis plantas
se postre con ignominia
tu desdeñosa arrogancia.
Tú que desde el alta cumbre
de tu region soberana

al vil insecto desprecias
hollándole con tus plantas,
ay de tí, que carcomido
tu alto sólio, desgarrada
la púrpura, que hoy sangrienta
tus tiranías proclama,
caerás, y tu augusta frente
hoy de laurel coronada,
cubrirá la inmunda plebe
con el lodo de las plazas.
Pero él viene, de sus ojos
(*Mirando á la izquierda.*)
las recelosas miradas
me indican que desconfia
de mí: no puede afrontarlas
con valor! ea! evitemos
su encuentro!
(*Se oyen á lo lejos vivas y tumulto.*)
El pueblo te aclama!
quién sabe si jugará
con tu cabeza mañana!

(*Vase por la segunda puerta de la izquierda, al mismo tiempo que por la del proscenio, aparecen el Dux, Gabriel, Piettro, senadores, guardias y pages.*

ESCENA III.

SIMON. GABRIEL. PIETTRO. *Senadores, Guardias y pages.*

SIMON. Señores, sí: ya otra vez
mi pueblo valiente acaba
de mostrar en el combate
su ardimiento y su constancia.
Segunda vez ha postrado
la insolencia temeraria
de los torpes enemigos
de su independencia santa.
Basta de piedad, señores!
que sobre sus frentes caiga
vuestra severa justicia.
UN SENADOR. Terrible caerá su espada.
SIMON. Premio y castigo poned

en su inflexible balanza
sin que el rencor os instigue
ni la flaqueza os abata.
Solo el escarmiento puede
poner coto á su arrogancia,
y solo asi vengaremos
tanta sangre derramada.
(*A los payes.*)
Vosotros, id en mi nombre
por la ciudad: de mis arcas
los tesoros derramad
sin medida, en abundancia.
Donde quiera que una víctima
halleis, donde herido yazga,
partidario ú enemigo,
sin auxilio en su desgracia,
vean por vos que mi mano
á todas partes alcanza,
para herir á los traidores
y para enjugar sus lágrimas.
(*Algunos payes se van por la izquierda.*)

UN PAGE. Asi lo haremos.

SIMON. Y vos
á cuya valiente espada
en el combate sangriento
debió tanto nuestra causa,
venid á nuestra capilla,
donde impaciente os aguarda
quien por su dicha y la vuestra
premiará vuestras hazañas.

GABRIEL. Dejadme, señor, que bese
por tanto honor, vuestras plantas.

SIMON. Alzad!—Vosotros sereis (*A los senadores.*)
testigos de esta sagrada
ceremonia, senadores.
Piettro! lo oís?

PIETTRO. No haré falta.

SIMON. Seguidme.

(*Vanse todos por la derecha, menos Piettro, que al ir á en trar, se siente detenido por Paolo.*)

ESCENA VI.

PAOLO. PIETTRO.

PAOLO. Piettro?
PIETTRO. Señor?
PAOLO. Ya nuestra suerte está echada.
PIETTRO. Teneis miedo?
PAOLO. Piettro, sí;
pero no de su venganza.
Temo que de mis rencores
víctima á mis pies no caiga.
PIETTRO. Todo está previsto.
PAOLO. Cómo?
PIETTRO. El senado le acompaña.
PAOLO. Razon mas para temer...
PIETTRO. Para tales casos guarda
en su tesoro, una copa
de riquísima esmeralda,
que en Palestina ganaron
otro tiempo nuestras armas.
PAOLO. Es verdad!
PIETTRO. En eso está
cifrada mi confianza:
nadie puede sino el Dux
beber en la copa santa.
PAOLO. Valor! cobardía fuera
retroceder. A qué aguardas?
Ya á la mesa se dirigen.
PIETTRO. Cómo! tan pronto acabada
la ceremonia?
PAOLO. Silencio,
no te oigan... pero qué hablabas
de ceremonia?
PIETTRO. No sé:
de una boda se trataba...
(*Quiere irse y le detiene Paolo.*)
PAOLO. Una boda? y quién?...
PIETTRO. Dejadme.
PAOLO. Espera: tal vez Susana?...
PIETTRO. Sí, y el mancebo galan...
PAOLO. Oh furor!
PIETTRO. El Dux me llama. (*Vase.*)

ESCENA V.

PAOLO *solo.*

PAOLO. Es posible! perdida para siempre!
Insensata ambicion! Ay! cómo burlas
suerte inhumana, mis hermosos sueños!
Si habrán venido ya?... nada se escucha.
(*Llama á la puerta secreta.*)
Sí... sí... ya sus pisadas se perciben
temerosas y lentas. Ya mi angustia
es menos, que si pierdo una esperanza,
vengaré por lo menos mis injurias.
(*Se dirige á la puerta de la derecha, y observa por ella.*)
Ya comenzó el festin; quien es el hombre
que junto al Dux está?—Gabriel! sin duda
es él... y ella en sus brazos! No! la muerte
de uno y otro primero.—Fiesco! Oh furia!
(*Abre la puerta secreta, y aparecen Fiesco, Lázaro y un escudero.*)

ESCENA VI.

PAOLO. FIESCO. LÁZARO *y un escudero.*

PAOLO. Los vuestros, dónde están?
FIESCO. No sé: humillados
y temiendo la cólera sin duda
del fiero vencedor, á su venganza
en parages recónditos se ocultan.
PAOLO. Somos perdidos! (*Aterrado.*)
FIESCO. Sí, pero la muerte (*Con calma.*)
al que es valiente y noble, no le asusta.
PAOLO. Mirad...
FIESCO. Y yo la acepto si se logra
en esta noche la esperanza tuya.
PAOLO. Yo cumplí mis promesas; pero Fiesco,
si los tuyos no están, solo la fuga
salvarnos puede.
FIESCO. Huir!
PAOLO. De Bocanegra

la muerte va á llegar pronta y segura.

FIESCO. Qué has hecho?

PAOLO. Fiesco, sí: ya por sus venas
abrasador el tósigo circula.

FIESCO. Es cierto? (*Con indignacion.*)

PAOLO. Lo dudais?

FIESCO. Para tal crímen,
para tan baja accion cómplices buscas?

PAOLO. De otro modo... tal vez...

FIESCO. Caer primero:
antes morir.

PAOLO. La cólera os ofusca.
La salvacion busquemos.

FIESCO. Vete!

PAOLO. Huyamos.

FIESCO. Sálvate, miserable! no presumas
que cómplice contigo, me deshonre,
y que el peligro con temor eluda.
Que aunque caiga rodando mi cabeza
y entre tormentos con rigor sucumba,
vale mas que vivir cobardemente
bajo el infame peso que te abruma.
Corre: esos hombres, de mi casa siervos,
contigo irán, y con la noche oscura
ganar podrás las ásperas montañas
donde libre estarás.—Nada me arguyas:
apártate de mí.

PAOLO. Pesia mi suerte!

(*Vase, seguido del escudero. Al partir Lázaro, le detiene Fiesco.*)

FIESCO. Lázaro!

LÁZARO. Qué mandais?

FIESCO. Hacer procura
para llevarle salvo á las montañas.

LÁZARO. Y allí?...

FIESCO. No tengas de él piedad ninguna.

ESCENA VII.

FIESCO. *Luego el Dux y* PIETTRO.

FIESCO. Ya me cansa la vida! Ea! acabemos,

y cuando tal infamia me atribuyan,
muramos con valor. Solo el martirio
tanta verguenza y deshonor disculpa.

(*Al ver que llega el Dux, se retira hácia el fondo del teatro.*)

SIMON. Acógelos, Señor, en tu clemencia,
y sus votos de amor benigno escucha:
asi la muerte me hallará tranquilo
cuando severo su rigor se cumpla.
Piettro! mis sienes con dolor se abrasan;
el brillo de esas lámparas se enturbia!...
Me pesa el corazon!—Abre esas puertas.

(*Piettro abre las tres puertas del balcon, y se deja ver la plaza iluminada.*)

PIETTRO. Quereis que llame?...

SIMON. No; será sin duda...
Pero, qué es eso, Piettro?

PIETTRO. Vuestro pueblo,
como hoy por vos de sus contrarios triunfa,
su victoria celebra.

SIMON. Y quién se atreve
de la muerte á turbar la paz profunda?
Quién escarnece al infeliz hermano
que al rigor sucumbió de su fortuna?
Oh! no es merecedor de la victoria
quien del vencido la desgracia insulta.
Ve, corre! de esas luces me fascina
el triste resplandor.

(*Vase Piettro por la izquierda: Simon se acerca al balcon, donde permanece silencioso un momento.*)

ESCENA VIII.

SIMON. FIESCO.

SIMON. Ay! Esas puras
ráfagas de la mar que el aire bañan,
consuelo son de mi mortal angustia.
La mar! la mar! Cuando en su claro seno
gallarda y altanera se columpia
la armada nave que á cruzar se apresta
la inmensidad del piélago, profunda,
ah! mil recuerdos de placer, de glorias,
en mi mente fantásticos se agrupan

con incansable afan que me devora,
con brillo seductor que me deslumbra.
La mar! la mar! por qué, desventurado,
en ella no encontré mi sepultura
sin la ciega ambicion que me sujeta
de esta prision dorada á la coyunda!

(*Fiesco se habrá ido acercando lentamente, hasta hallarse frente á frente de Simon.*)

FIESCO. Mas te valiera, Dux!

SIMON. Quién aquí osado...

FIESCO. Quien tu furor no teme ni le escusa.

SIMON. Cómo entrasteis aquí? guardias!

FIESCO. La muerte
miraré sin temor si antes me escuchas.

SIMON. Habla! qué quieres?

FIESCO. Oyeme, y perdona
de un viejo desdichado á la amargura,
si instrumento fatal de una venganza
con severo rigor mi voz te insulta.
Aquí ya no eres Dux! ya no te cerca
de esos villanos la insolente turba
que á tu voz prosternándose, te acatan
con torpe fe y adoracion estúpida.
Hoy que tus armas, de caliente sangre
salpicadas aún, dichosas triunfan,
y en boca de la plebe fascinada
la fama de tus hechos se divulga,
hoy, poderoso Dux, en tus paredes
del justiciero Dios la mano oculta
escribe tu sentencia: hoy del gigante
los colosales miembros descoyunta.
Tu imperio se acabó: de entre los astros
que eclipsar no pudieron tu fortuna,
se apagará tu estrella, y de tus hombros
caerá en pedazos la manchada púrpura.
Pero mueres feliz! de la victoria
el claro resplandor tu muerte alumbra,
y de los que hoy á tu rigor cayeron
te acompañan las sombras insepultas.

(*Desde este momento, empiezan á apagarse las luces de la plaza, de modo que al espirar el Dux, hayan desaparecido completamente.*)

SIMON. Pero quién eres tú? por qué á tu acento
siento helarse mis venas?

FIESCO. Qué! te turbas?
Alguna vez le oíste!

SIMON. Cielo santo!

FIESCO. Es el remordimiento que te abruma!

SIMON. Es posible! los muertos ya no duermen
en la tranquila noche de sus tumbas!

FIESCO. Me conoces al fin!

SIMON. Jacobo Fiesco!

FIESCO. Simon! Simon! los muertos te saludan!

SIMON. Gracias, supremo Dios! yo no aguardaba
de tu inmensa bondad tanta ventura!

FIESCO. Regocíjate, sí, porque este Fiesco
que viendo estás, cuya vejez caduca
miserable insultaste, viene ahora
larga cuenta á pedir de tus injurias.

SIMON. A perdonarme, Fiesco! no es la muerte,
no es tu cólera, no, lo que me asusta,
pero tu encono sí. Por dicha el cielo
el lazo conservó que al fin nos una.

FIESCO. Qué me quieres decir?

SIMON. No me ofreciste
un tiempo, mi perdon?

FIESCO. Yo, nunca! nunca!

SIMON. Sí, tu lamentas, desdichado anciano,
la pobre niña que perdida buscas!
tu lloras su horfandad! Fiesco! á mis brazos
de Dios la trajo la clemencia suma!

FIESCO. Es posible, Simon!

SIMON. Y ahora no hay tregua
á tu enojo, señor? Ah! no me escuchas!

FIESCO. Sí, escuchándote estoy, y por mi mente,
vértigos frios, pavorosos, cruzan.
Tú me pides perdon! tú!—Por qué ahora,
verdad horrible, mi razon alumbras?

SIMON. Lloras, Fiesco?

FIESCO. Piedad! (*Cayendo de rodillas.*)

SIMON. Por qué tu rostro
(*Le levanta abrazándole.*)
desencajado y lívido me ocultas?

FIESCO. Por qué, Simon? porque la voz del cielo

he escuchado en tu voz: porque me acusa
tu clemencia magnánima! la muerte!
la muerte va á llegar!

SIMON. Nada me asusta...
quién?...

FIESCO. Un traidor, al que en tu seno diste
fácil abrigo y amistad segura,
y hoy el veneno te ministra infame,
que por tus venas rápido circula.

SIMON. Es verdad, Fiesco! en mis dolientes ojos,
en mi razon turbada que se ofusca,
en ese llanto que tus ojos baña,
me habla la eternidad helada y muda.

FIESCO. Y no es posible ya?...

SIMON. Quién viene? es ella!
(*Mirando adentro.*)

FIESCO. María!

SIMON. Sí, mas por piedad procura
ocultarla... No! no!... yo quiero verla,
bendecirla otra vez!

FIESCO. Cruel fortuna!

(*Simon se deja caer en un sitial. Salen por la derecha María, Gabriel, senadores y pages.*)

ESCENA IX.

SIMON. FIESCO. MARÍA. GABRIEL. SENADORES. PAGES.

FIESCO. María!

MARÍA. Qué miro!

SIMON. Ven!

GABRIEL. (Jacobo Fiesco!)

MARÍA. Aquí vos!

SIMON. Hoy nos reconcilia Dios
por mi descanso y tu bien.
Por él mi suerte liviana
mitigará su crueldad,
pues te dejo en tu horfandad
al padre de mi Mariana.

MARÍA. Vos! oh ventura!

FIESCO. Maria! (*Cubriendose el rostro.*)

MARÍA. No mas enemigos ya,

vuestro encono cesará?

SIMON. Sí, todo acaba, hija mia!

MARÍA. Aterrais mi corazon!

SIMON. Fortalecerle procura,
y escucha tu desventura
con calma y resignacion.

MARÍA. Qué quereis decir? hablad!
Oh! vuestro acento me hiela.

SIMON. Este acento te revela
una terrible verdad!
Hoy es mi postrero dia. (*Movimiento de sorpresa.*)

MARÍA. Qué decís?

SIMON. Pero la suerte
quiso que hallase mi muerte
entre tus brazos, María!

MARÍA. Cómo es posible?...

(*Gabriel y María caen á los pies del Dux: este pone las manos sobre sus cabezas, y alza los ojos al cielo.*)

SIMON. Gran Dios,
de mi martirio testigo,
yo en tu nombre los bendigo!
sean dichosos los dos.

MARÍA. Padre! padre!

SIMON. Senadores
de Génova! autorizad
mi postrera voluntad.
Llegaos y escuchad, señores!
(*Con voz ya mas apagada.*)
En este instante fatal,
depuesto el sagrado armiño,
la frente de Adorno ciño
con mi corona ducal.

GABRIEL. Señor!

SIMON. Que lo aceptes creo...

FIESCO. Qué horror!

SIMON. Vos... Jacobo... id
y mi voluntad... cumplid...
decidles... que es... mi deseo. (*Espira.*)

MARÍA. Padre!

(*Fiesco se dirige con el mayor abatimiento al balcon, seguido de los senadores, y pages que llevarán hachas encendidas.*)

FIESCO. Genoveses! hoy
Dios nuestra constancia prueba.
De una dolorosa nueva
triste mensagero soy.
Dux de Génova es Gabriel
Adorno, que el hado incierto...
(*Se oyen gritos en la plaza.*)
VOCES. No! no! Bocanegra!
FIESCO. Ha muerto!
Rogad al cielo por él!

FIN DEL DRAMA.

NOTA. En la página 14, línea 8 y 13, donde dice *Pietro*, léase *Paolo*.